

**La felicidad en Aristóteles, una aproximación a los tiempos actuales.**

Maximino Arteaga Gómez

Director

Luis Armando Botina

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Filosofía

2025

## **Dedicatoria**

A mis padres, Jesús María y Teresa, con su amor me impulsaron siempre a estudiar.

Y, desde el cielo me acompañan y guían.

Mis hermanos y sobrinos, a mi familia toda.

A mis amigos y compañeros de siempre.

### **Agradecimientos**

Quiero agradecer a cada uno de los docentes de la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades, a su decana y tutores del programa de Filosofía, a mi director de la opción de grado, sus recomendaciones y sugerencias fueron vitales para este logro en mi formación académica.

## Resumen

Este estudio ofrece un análisis riguroso de la concepción aristotélica de la felicidad como fin último del ser humano, centrado en la noción de eudaimonía desarrollada en la *Ética a Nicómaco*. A diferencia del placer momentáneo, Aristóteles entiende la felicidad como la realización plena de las capacidades humanas en concordancia con la virtud. La investigación contextualiza esta visión en el marco del pensamiento griego clásico, destacando las influencias y diferencias con las doctrinas socrática y platónica. Frente al idealismo de Platón, Aristóteles propone una visión teleológica y empírica, en la que el bien supremo se alcanza mediante la actividad racional. Se examina la definición de felicidad como actividad del alma conforme a la virtud, diferenciando entre virtudes éticas y dianoéticas. La virtud, entendida como hábito adquirido, permite actuar con justicia, prudencia y moderación, siguiendo la doctrina del término medio. Asimismo, se analiza el papel esencial de la educación moral en la formación del carácter virtuoso. El estudio también resalta la vida contemplativa como la forma más alta de felicidad, ya que permite el ejercicio constante de la razón, facultad distintiva del ser humano. No obstante, la felicidad requiere también de una vida comunitaria: Aristóteles subraya que solo en una polis justa, donde se cultiven la amistad y la justicia, puede florecer la virtud. Finalmente, se abordan las críticas contemporáneas a la propuesta aristotélica desde corrientes como el utilitarismo, el existencialismo y la ética del cuidado, explorando su vigencia en un mundo marcado por el individualismo y la aceleración tecnológica.

***Palabras clave:*** Excelencia moral, felicidad, filosofía, razón y virtud.

## **Abstract**

This study offers a rigorous analysis of the Aristotelian conception of happiness as the ultimate end of the human being, centered on the notion of eudaimonia developed in the Nicomachean Ethics. As opposed to momentary pleasure, Aristotle understands happiness as the full realization of human capacities in accordance with virtue. The research contextualizes this vision within the framework of classical Greek thought, highlighting the influences and differences with Socratic and Platonic doctrines. As opposed to Plato's idealism, Aristotle proposes a teleological and empirical vision, in which the supreme good is attained through rational activity. The definition of happiness as activity of the soul in accordance with virtue is examined, differentiating between ethical and dianoetic virtues. Virtue, understood as an acquired habit, allows us to act with justice, prudence and moderation, following the doctrine of the middle ground. It also analyzes the essential role of moral education in the formation of virtuous character. The study also highlights the contemplative life as the highest form of happiness, since it allows the constant exercise of reason, the distinctive faculty of the human being. However, happiness also requires a community life: Aristotle stresses that only in a just polis, where friendship and justice are cultivated, can virtue flourish. Finally, contemporary criticisms of the Aristotelian proposal are addressed from currents such as utilitarianism, existentialism and the ethics of care, exploring its validity in a world marked by individualism and technological acceleration.

**Keywords:** Moral excellence, happiness, philosophy, reason y virtue.

## Tabla de contenido

Introducción.....	9
Planteamiento, contextualización y delimitación del problema de investigación .....	11
Antecedentes.....	14
Planteamiento del problema .....	16
Contexto Histórico y Filosófico de Aristóteles .....	18
Contexto Histórico de Aristóteles .....	19
Influencias Filosóficas en el Pensamiento Aristotélico.....	19
La Filosofía Aristotélica y la Noción de Felicidad .....	20
Justificación .....	21
Objetivos.....	23
Objetivo General .....	23
Objetivos Específicos .....	23
Metodología.....	24
Desarrollo .....	26
Pensar la felicidad: una mirada aristotélica entre ecos socráticos y reflejos platónicos ...	26
Concepción socrática de la felicidad.....	28
La concepción aristotélica de la felicidad .....	31
Conclusiones .....	37

El Papel de la Virtud en la Eudaimonía: Una Distinción entre Virtudes Éticas y Dianoéticas y la Importancia de la Educación Moral en la Vida Virtuosa .....	41
La Eudaimonía como Fin Supremo.....	41
La Relación entre Virtud y Eudaimonía.....	43
La Virtud como Condición Necesaria para la Eudaimonía.....	44
El Principio del Justo Medio .....	46
La Importancia del Hábito y la Educación.....	47
La Relación entre la Virtud Moral e Intelectual.....	49
Eudaimonía y la Vida Política.....	50
Virtudes Éticas y Virtudes Dianoéticas.....	51
Virtudes Éticas: .....	51
Virtudes Dianoéticas .....	53
La importancia de la educación moral .....	56
Vigencia de la felicidad aristotélica en el mundo actual: Un contraste con el utilitarismo, el existencialismo y la ética del cuidado .....	63
La felicidad en Aristóteles: una recapitulación necesaria .....	63
Virtud y racionalidad: ejes de la vida buena .....	64
Aristóteles frente al utilitarismo .....	64
Crítica contemporánea: la reducción de la vida buena.....	65
Aristóteles y el existencialismo.....	65

La vigencia de Aristóteles en tiempos de crisis existencial .....	66
Aristóteles y la ética del cuidado.....	66
Actualización necesaria: una eudaimonía más relacional .....	67
Referencias bibliográficas .....	71

## Introducción

La felicidad ha sido un tema central en la filosofía desde tiempos inmemoriales, constituyéndose como una de las cuestiones más profundas y debatidas a lo largo de la historia del pensamiento humano. Desde la Antigüedad, diferentes filósofos han reflexionado sobre su naturaleza, sus condiciones y la manera en que los individuos pueden alcanzarla. Entre ellos, Aristóteles ocupa un lugar destacado por la profundidad y sistematicidad con la que abordó este concepto en su obra *Ética a Nicómaco*.

Para Aristóteles, la felicidad, o eudaimonía, no es un estado pasajero de placer o bienestar emocional, sino el fin último y supremo de la existencia humana. Se trata de un estado de plenitud y realización que se alcanza mediante el ejercicio constante de la virtud. En este sentido, la felicidad no es simplemente el resultado de la acumulación de bienes materiales o la satisfacción de deseos efímeros, sino la consecuencia de una vida vivida de acuerdo con la razón y la excelencia moral.

Aristóteles distingue entre diferentes tipos de bienes que pueden contribuir al bienestar de una persona, clasificándolos en bienes externos, bienes del cuerpo y bienes del alma. Aunque reconoce que ciertos bienes externos, como la salud, la riqueza o las relaciones sociales, pueden facilitar el camino hacia la felicidad, enfatiza que la verdadera eudaimonía depende principalmente del cultivo de la virtud y la sabiduría. Para el filósofo, la vida virtuosa es aquella que se orienta hacia el justo medio, evitando los extremos de exceso y deficiencia en la conducta.

La ética aristotélica se fundamenta en la idea de la acción y la práctica. No basta con conocer qué es la virtud; es necesario ejercitarla continuamente a través de hábitos y elecciones deliberadas. La felicidad, en este sentido, no es un destino fijo, sino un proceso

de desarrollo personal que se construye día a día a través de la toma de decisiones correctas y la búsqueda del bien común.

En la vida práctica, la concepción aristotélica de la felicidad tiene implicaciones significativas. Al entender la felicidad como una consecuencia de la virtud y la razón, se plantea un modelo de vida basado en la autoreflexión, la moderación y el compromiso con el bienestar colectivo. Este enfoque es relevante en diversos ámbitos, desde la política hasta la educación y la ética profesional, pues sugiere que una sociedad florece cuando sus ciudadanos cultivan la virtud y trabajan en armonía con sus semejantes.

A lo largo de la historia, la concepción aristotélica de la felicidad ha influido en innumerables pensadores y corrientes filosóficas. En la actualidad, sigue siendo objeto de estudio y debate, especialmente en el campo de la psicología positiva, donde se exploran las condiciones que permiten a los individuos alcanzar una vida plena y significativa. La idea de que la felicidad está vinculada al desarrollo de fortalezas personales, la construcción de relaciones saludables y la contribución al bienestar de la comunidad resuena con muchas de las propuestas contemporáneas sobre el bienestar humano.

Por lo tanto, la visión aristotélica de la felicidad como eudaimonía sigue siendo una referencia fundamental para comprender la naturaleza del bienestar humano. Su énfasis en la virtud, la razón y la acción continua como claves para una vida plena ofrece una perspectiva valiosa que trasciende los siglos y sigue siendo pertinente en el contexto filosófico y práctico actual.

## **Planteamiento, contextualización y delimitación del problema de investigación**

Aristóteles define la felicidad como la actividad del alma en conformidad con la virtud a lo largo de una vida completa. Esta visión, expuesta en su obra *Ética a Nicómaco*, sostiene que la verdadera felicidad (eudaimonía) no es un estado pasajero de placer o satisfacción momentánea, sino el resultado de vivir de acuerdo con la excelencia moral e intelectual. Para Aristóteles, el ser humano alcanza su máximo desarrollo cuando cultiva sus virtudes y actúa en armonía con su razón, lo que le permite llevar una vida plena y significativa.

La concepción aristotélica de la felicidad se inscribe dentro de su enfoque teleológico, según el cual todo ser tiene un fin o propósito natural. En el caso del ser humano, este fin supremo es la eudaimonía, que solo puede alcanzarse mediante la práctica continua de la virtud. Aristóteles distingue entre dos tipos de virtudes: las éticas, que se refieren al carácter y se adquieren a través del hábito y la repetición de acciones justas, y las dianoéticas, que corresponden al intelecto y se desarrollan mediante el aprendizaje y la contemplación. Ambas son esenciales para lograr una vida plenamente realizada.

A lo largo de la historia, esta concepción ha sido objeto de múltiples interpretaciones y debates filosóficos. Diversos pensadores han analizado la propuesta aristotélica desde perspectivas éticas, psicológicas y sociológicas, adaptándola a distintos contextos culturales y épocas. En la Edad Media, Tomás de Aquino integró la teoría aristotélica con la doctrina cristiana, sosteniendo que la felicidad plena solo es alcanzable en la visión beatífica de Dios. En la modernidad, Immanuel Kant contrastó la eudaimonía con su ética del deber, mientras que pensadores utilitaristas como John Stuart Mill

redefinieron la felicidad en términos de placer y utilidad social. Más recientemente, el resurgimiento de la ética de las virtudes con autores como Alasdair MacIntyre ha revalorizado la propuesta aristotélica, destacando su aplicabilidad en la moral contemporánea.

En la actualidad, su teoría sigue siendo relevante en la reflexión sobre el bienestar y la autorrealización personal, influyendo en disciplinas como la filosofía moral, la psicología positiva y la educación. En el campo de la psicología, por ejemplo, la teoría de la autodeterminación de Edward Deci y Richard Ryan guarda ciertas semejanzas con la idea aristotélica de una vida plena basada en la autonomía, la competencia y la relación con los demás. Del mismo modo, el concepto de "flow" desarrollado por Mihaly Csikszentmihalyi, que describe un estado de absorción total en una actividad significativa, puede entenderse como una manifestación contemporánea de la eudaimonía.

En este estudio, se examina en profundidad la concepción aristotélica de la felicidad, explorando sus fundamentos filosóficos y su relación con la vida virtuosa. Asimismo, se analiza su aplicabilidad en el mundo moderno, considerando cómo sus principios pueden orientar la búsqueda del bienestar en una sociedad caracterizada por el cambio constante, el individualismo y la complejidad de las relaciones humanas. Se abordan, además, posibles desafíos y limitaciones de la teoría aristotélica en el contexto actual, contrastándola con otras visiones contemporáneas sobre la felicidad y el florecimiento humano. Entre estos desafíos se encuentran la tensión entre el desarrollo personal y las exigencias socioeconómicas, la influencia de la tecnología en la construcción del bienestar y la necesidad de redefinir la virtud en un mundo cada vez más plural y diverso.

En definitiva, el estudio de la felicidad desde la perspectiva aristotélica ofrece una base sólida para comprender el sentido de la vida y el bienestar humano. Su enfoque centrado en la virtud y la razón sigue siendo un referente válido para quienes buscan una existencia plena y significativa en el siglo XXI.

## Antecedentes

El concepto de felicidad ha sido objeto de reflexión filosófica desde la antigüedad, y una de las aportaciones más influyentes en esta materia proviene de Aristóteles. En su "Ética a Nicómaco", el pensador griego plantea que la felicidad (eudaimonía) es el fin supremo de la vida humana y que su consecución depende del ejercicio de la virtud. Esta idea se inserta dentro de la tradición filosófica griega, en la cual tanto Sócrates como Platón habían abordado la relación entre el bien, la virtud y la felicidad. Sin embargo, Aristóteles introduce una perspectiva más teleológica y empírica, alejándose de la concepción platónica de las Formas y proponiendo una visión más ligada a la práctica y al desarrollo de las potencialidades humanas.

Desde la antigüedad hasta nuestros días, la concepción aristotélica de la felicidad ha sido objeto de interpretaciones y críticas por parte de distintas corrientes filosóficas. Durante la Edad Media, su pensamiento fue retomado y reelaborado por autores como Tomás de Aquino, quien integró la eudaimonía aristotélica en el marco de la teología cristiana. En la modernidad, con la emergencia del racionalismo y el empirismo, la idea de felicidad se vio influenciada por nuevas corrientes de pensamiento, incluyendo el utilitarismo de Bentham y Mill, que planteaba una concepción más centrada en el placer y la utilidad.

En la actualidad, la búsqueda de la felicidad sigue siendo un tema central en la filosofía, la psicología y las ciencias sociales. La era contemporánea, marcada por el individualismo, la globalización y el avance tecnológico, ha llevado a una reconsideración de los principios aristotélicos a la luz de nuevos desafíos. Conceptos como bienestar subjetivo, desarrollo personal y calidad de vida han cobrado relevancia en los estudios

sobre la felicidad, y la eudaimonía ha sido reinterpretada en el marco de la psicología positiva y la ética aplicada.

El presente estudio se sitúa dentro de este contexto de revisión y actualización del pensamiento aristotélico sobre la felicidad. Al analizar la eudaimonía desde una perspectiva filosófica y compararla con las concepciones modernas, se busca no solo rescatar la riqueza teórica de Aristóteles, sino también reflexionar sobre su vigencia en el mundo contemporáneo. Esta aproximación permite comprender cómo la filosofía clásica puede aportar elementos valiosos para afrontar los desafíos actuales en torno al sentido de la vida y el bienestar humano.

## Planteamiento del problema

El pensamiento aristotélico sigue siendo una referencia fundamental en la ética y la filosofía política, influyendo de manera significativa en el desarrollo del pensamiento occidental. Aristóteles, uno de los filósofos más influyentes de la antigüedad, elaboró una visión del mundo basada en la observación, la razón y el análisis sistemático de la realidad. Su concepción de la ética no solo tiene implicaciones teóricas, sino también aplicaciones prácticas en la vida cotidiana y en la organización de la sociedad. Sus ideas han trascendido su época, influyendo en el pensamiento medieval, renacentista y contemporáneo, y continúan siendo objeto de estudio y debate en el ámbito filosófico.

Uno de los pilares centrales de su filosofía ética es la noción de la eudaimonía, término que suele traducirse como "felicidad" o "florecimiento humano". Para Aristóteles, la felicidad no es un estado pasajero de placer o una simple acumulación de bienes materiales, sino la realización plena de la naturaleza humana a lo largo de la vida. Alcanzar la eudaimonía implica desarrollar nuestras capacidades de manera óptima y vivir conforme a la virtud. Este concepto de felicidad se aleja de una visión meramente hedonista y subraya la importancia de una vida orientada al desarrollo personal y moral.

En este sentido, la virtud desempeña un papel clave en la ética aristotélica. Según Aristóteles, las virtudes son disposiciones del carácter que permiten a una persona actuar correctamente y alcanzar el bienestar. Distingue entre virtudes éticas, que se relacionan con la moderación de los deseos y pasiones (como la templanza y la valentía), y virtudes dianoéticas, que están vinculadas con el intelecto y la razón (como la prudencia y la sabiduría). Ambas son esenciales para la vida buena, ya que permiten que el individuo tome decisiones acertadas y actúe de manera justa en su relación con los demás.

Las virtudes, según Aristóteles, no son innatas, sino que se adquieren mediante la práctica y la repetición de actos correctos. Este proceso de formación moral requiere educación y ejercicio constante, pues solo a través del hábito se consolidan las disposiciones virtuosas del carácter. La educación moral es, por lo tanto, un aspecto crucial en la configuración de una sociedad justa y en la construcción de individuos éticamente responsables.

Otro aspecto fundamental en su pensamiento es el papel de la razón en la conducta humana. Aristóteles sostiene que los seres humanos, a diferencia de los animales, poseen la capacidad de razonar y deliberar sobre sus acciones. El buen uso de la razón permite identificar el justo medio, un principio clave en su ética, que consiste en encontrar un equilibrio entre los extremos viciosos. Por ejemplo, la valentía se encuentra entre la cobardía y la temeridad, y la generosidad entre la avaricia y el derroche. La racionalidad, por lo tanto, guía a las personas hacia elecciones correctas y un desarrollo armónico de su carácter.

Este concepto del justo medio no implica una mediocridad o una falta de determinación, sino un ideal de equilibrio que permite actuar conforme a la razón y a la naturaleza humana. La vida virtuosa no es un punto intermedio arbitrario, sino el resultado de un discernimiento racional que evalúa las circunstancias específicas de cada situación.

Además, Aristóteles enfatiza la importancia de la comunidad en el bienestar humano. Para él, el ser humano es un "animal político" por naturaleza, lo que significa que solo en la vida en sociedad puede alcanzar su pleno potencial. La polis, o comunidad política, es el entorno donde se desarrolla la vida ética y donde las personas pueden ejercer

sus virtudes en interacción con los demás. Una sociedad justa y bien organizada favorece el florecimiento de los individuos y promueve el bien común.

En este sentido, la política y la ética están estrechamente vinculadas en el pensamiento aristotélico. La organización de la polis debe estar orientada a garantizar las condiciones necesarias para que sus ciudadanos puedan vivir una vida virtuosa y alcanzar la eudaimonía. Aristóteles considera que el mejor gobierno es aquel que promueve la participación ciudadana, la justicia y el bien común, en contraposición a los regímenes tiránicos que buscan el beneficio de unos pocos en detrimento de la colectividad.

Comprender la concepción aristotélica de la felicidad permite analizar cómo influyen la virtud, la razón y la comunidad en el bienestar humano. Su legado sigue vigente en muchos debates actuales sobre ética, política y desarrollo personal, proporcionando un marco filosófico sólido para reflexionar sobre la vida buena y el propósito humano. La actualidad de sus ideas radica en su capacidad para ofrecer respuestas a cuestiones fundamentales sobre la moral, la justicia y la organización social, lo que convierte su pensamiento en un referente imprescindible para la reflexión contemporánea.

### **Contexto Histórico y Filosófico de Aristóteles**

La concepción de la felicidad en Aristóteles está profundamente arraigada en el contexto histórico y filosófico de la Antigua Grecia. Comprender el entorno en el que surgen sus ideas es fundamental para apreciar su visión de la “eudaimonía” como fin supremo de la vida humana. En este capítulo, se analizarán los principales elementos del contexto histórico de Aristóteles, así como las influencias filosóficas que moldearon su pensamiento.

## **Contexto Histórico de Aristóteles**

Aristóteles nació en el año 384 a.C. en Estagira, una ciudad de la región de Macedonia. Su infancia transcurrió en un entorno privilegiado, dado que su padre, Nicómaco, era médico del rey Amintas III de Macedonia. Esta proximidad a la corte macedonia permitió que Aristóteles estuviera expuesto desde joven a una educación amplia y rigurosa.

A la edad de diecisiete años, Aristóteles se trasladó a Atenas para estudiar en la Academia de Platón, donde permaneció por aproximadamente veinte años. Este periodo fue crucial en su formación filosófica, pues le permitió absorber las enseñanzas de Platón y desarrollar una base sólida para su propio pensamiento. Tras la muerte de Platón en el 347 a.C., Aristóteles dejó la Academia y comenzó un periplo por diversas ciudades, como Assos y Mitilene, donde continuó su investigación filosófica.

En el 343 a.C., fue llamado por Filipo II de Macedonia para educar a su hijo Alejandro Magno. Durante este tiempo, Aristóteles tuvo acceso a vastos recursos y conocimientos, lo que enriquecieron su pensamiento. Posteriormente, regresó a Atenas y fundó el Liceo, una escuela filosófica centrada en la investigación empírica y el razonamiento lógico.

## **Influencias Filosóficas en el Pensamiento Aristotélico**

El pensamiento de Aristóteles estuvo marcado por diversas corrientes filosóficas anteriores, entre las cuales destacan el platonismo, la sofística y la tradición presocrática.

**Influencia de Platón:** Durante su estancia en la Academia, Aristóteles asimiló muchas de las ideas platónicas, en especial la teoría de las Ideas. No obstante, con el tiempo, se apartó de esta concepción metafísica, argumentando que la realidad no se encuentra en un mundo separado de Ideas, sino en la sustancia de los objetos sensibles.

Influencia de los sofistas: Aunque Aristóteles criticó a los sofistas por su relativismo y escepticismo, reconoció la importancia de la retórica y el arte de la argumentación, lo que influyó en su propio enfoque filosófico.

Influencia de los presocráticos: Filósofos como Heráclito y Parménides influyeron en Aristóteles en su reflexión sobre la naturaleza del cambio y la sustancia. La búsqueda de una explicación sistemática del ser y el movimiento fue un eje central en su pensamiento.

### **La Filosofía Aristotélica y la Noción de Felicidad**

El pensamiento aristotélico se caracteriza por su enfoque teleológico, es decir, la búsqueda de un fin o propósito en todas las cosas. Para Aristóteles, la “eudaimonía” (felicidad) es el fin supremo de la vida humana, y solo puede alcanzarse a través de la virtud y la razón. Su ética, desarrollada en obras como la "Ética a Nicómaco", enfatiza que la felicidad no es un estado pasajero de placer, sino una realización plena del potencial humano.

La base de su concepción sobre la felicidad está ligada a la noción de la "aretê" (virtud), la cual se alcanza mediante la práctica de hábitos correctos y la vida contemplativa. A diferencia de los hedonistas, Aristóteles defiende que la verdadera felicidad solo es posible a través de la excelencia moral e intelectual.

El contexto histórico y filosófico de Aristóteles es fundamental para entender su concepción de la felicidad. Su formación en la Academia, su contacto con diversas corrientes filosóficas y su propio método de investigación empírica contribuyeron a la elaboración de su ética y teoría del bien supremo. Con esta base, es posible profundizar en el análisis de la “eudaimonía” como el objetivo último de la vida humana según Aristóteles.

## **Justificación**

La presente monografía se justifica en la relevancia atemporal de la felicidad como objeto de reflexión filosófica y su impacto en la comprensión del bienestar humano. Desde la Antigüedad, pensadores como Aristóteles han abordado esta cuestión desde diversas perspectivas, proporcionando marcos teóricos que aún hoy influyen en la ética, la política y la psicología. La concepción aristotélica de la eudaimonía, entendida como el fin último del ser humano alcanzable a través del ejercicio de la virtud y la racionalidad, sigue ofreciendo herramientas fundamentales para analizar el sentido de la vida y las condiciones que favorecen una existencia plena.

El estudio de la felicidad desde la óptica aristotélica no solo permite comprender mejor el pensamiento clásico, sino que también facilita el establecimiento de puentes con problemáticas actuales. En un mundo donde el bienestar es una meta central en múltiples disciplinas, revisar la propuesta de Aristóteles posibilita una discusión enriquecedora en torno a la ética del desarrollo personal, la función de la comunidad en la vida del individuo y las condiciones necesarias para alcanzar una felicidad auténtica y duradera.

Asimismo, este análisis contribuye al diálogo filosófico con otras corrientes de pensamiento, tanto clásicas como contemporáneas, permitiendo contrastar la visión aristotélica con perspectivas modernas sobre la felicidad, el hedonismo, la psicología positiva y la ética aplicada. De este modo, la monografía no solo se inscribe dentro de un marco teórico filosófico, sino que también busca aportar una reflexión crítica sobre la aplicabilidad y vigencia de la eudaimonía en el mundo actual.

Finalmente, esta investigación cobra especial pertinencia en el ámbito educativo y académico, ya que promueve una aproximación rigurosa y profunda al pensamiento aristotélico, fomentando el desarrollo del pensamiento crítico y el análisis filosófico en torno a una de las cuestiones más fundamentales de la existencia humana. A través de este estudio, se espera proporcionar una base sólida para futuras reflexiones sobre la felicidad y su papel en la vida individual y colectiva.

## **Objetivos**

### **Objetivo General**

Analizar de manera integral la concepción aristotélica de la felicidad, entendida como eudaimonía, a partir de su desarrollo en la *Ética a Nicómaco*, contextualizándola dentro del pensamiento griego clásico, explorando su relación con la virtud, la vida contemplativa y la política, y evaluando su pertinencia en el debate filosófico contemporáneo.

### **Objetivos Específicos**

Definir la noción de felicidad en Aristóteles dentro del contexto del pensamiento griego clásico, comparándola con la tradición socrática y platónica para identificar sus influencias y diferencias clave.

Explicar el papel de la virtud en la eudaimonía, diferenciando entre virtudes éticas y dianoéticas, y analizando la importancia de la educación moral en la vida virtuosa.

Analizar la vigencia de la felicidad aristotélica en el mundo actual, contrastándola con enfoques filosóficos contemporáneos como el utilitarismo, el existencialismo y la ética del cuidado.

## Metodología

La investigación se fundamenta en el análisis documental de textos filosóficos, estudios académicos y críticas contemporáneas sobre Aristóteles. Para ello, se adopta un enfoque cualitativo y hermenéutico, permitiendo una interpretación profunda y contextualizada de las fuentes.

El análisis documental comprende la revisión sistemática de obras primarias de Aristóteles, así como de comentarios y estudios especializados que han abordado su pensamiento desde diversas perspectivas. Se seleccionan textos clave que permitan reconstruir el marco conceptual y argumentativo del filósofo, prestando especial atención a las interpretaciones contrastantes y a los debates actuales en torno a su legado. Este proceso implica una revisión minuciosa de las principales obras aristotélicas, como la "Metafísica", la "Ética a Nicómaco", la "Poética" y la "Política", entre otras, identificando sus principales aportaciones teóricas y su impacto en la tradición filosófica posterior.

Desde el enfoque cualitativo, se privilegia la comprensión de los significados y relaciones entre los conceptos aristotélicos, evitando una aproximación meramente descriptiva o cuantitativa. En este sentido, el análisis busca no solo exponer los postulados aristotélicos, sino también comprender las estructuras lógicas y argumentativas subyacentes en su pensamiento. Se enfatiza la interconexión entre sus diferentes obras y la evolución de sus ideas, considerando su relación con el contexto histórico en que fueron concebidas.

La metodología hermenéutica permite interpretar los textos en su contexto histórico y filosófico, considerando tanto la intención del autor como la evolución de su recepción en la tradición filosófica. Esta perspectiva reconoce la importancia de analizar los escritos aristotélicos no solo desde su sentido original, sino también a la luz de las interpretaciones

que han surgido a lo largo de los siglos. En este proceso, se tienen en cuenta las distintas corrientes de pensamiento que han dialogado con Aristóteles, desde la escolástica medieval hasta la filosofía contemporánea, permitiendo una comprensión más amplia de su influencia.

Además, se emplea un análisis crítico que compara las interpretaciones clásicas con enfoques contemporáneos, identificando continuidades, rupturas y nuevas problemáticas surgidas en torno al pensamiento aristotélico. En este sentido, se exploran los debates actuales sobre la aplicabilidad de sus ideas en campos como la ética, la política, la epistemología y la estética. Se analizan, por ejemplo, las lecturas modernas de la teoría de la virtud, la relación entre la política aristotélica y la democracia contemporánea, o la reinterpretación de su concepto de causalidad en el marco de la filosofía de la ciencia.

Para garantizar la rigurosidad del estudio, se establecen criterios de selección de fuentes que prioricen la relevancia académica, el reconocimiento de los autores y la pertinencia teórica de los textos consultados. Se recurre a ediciones críticas de las obras aristotélicas, así como a estudios de referencia en la investigación filosófica. Asimismo, se consideran artículos y publicaciones recientes que aporten nuevas perspectivas al estudio de su legado.

Este enfoque metodológico busca ofrecer una interpretación integral de la obra de Aristóteles, resaltando su vigencia y los desafíos que plantea en el debate filosófico actual. A través del análisis detallado y crítico de sus textos, se pretende contribuir a una comprensión más profunda de su pensamiento, promoviendo nuevas reflexiones sobre su relevancia en la filosofía contemporánea.

## Desarrollo

### **Pensar la felicidad: una mirada aristotélica entre ecos socráticos y reflejos platónicos**

El pensamiento filosófico de Aristóteles se desarrolla dentro del contexto del pensamiento griego clásico, una época marcada por un profundo interés en cuestiones fundamentales sobre la existencia, la moral, la organización social y la naturaleza de la realidad. Aristóteles (384–322 a.C.), discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno, representa una figura central en esta tradición, cuyo legado ha perdurado a lo largo de los siglos en múltiples disciplinas del saber. Su filosofía abarca un espectro amplio que incluye la lógica, la física, la biología, la política, la retórica, la estética y, de manera destacada, la ética y la metafísica (Kenny, 2012).

Uno de los conceptos más significativos dentro de su pensamiento ético es el de eudaimonía, término que suele traducirse como "felicidad" o "florecimiento humano", y que representa el fin último de la vida humana. En su obra *Ética a Nicómaco*, Aristóteles argumenta que toda acción humana tiende hacia un fin, y que el fin supremo es la eudaimonía, alcanzada a través de la actividad racional conforme a la virtud (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I.7, 1098a16–18). La virtud, para Aristóteles, no es simplemente una disposición pasiva, sino un hábito activo que se cultiva mediante la práctica y la deliberación racional (Broadie, 1991).

Sin embargo, para comprender plenamente el alcance y la originalidad de esta propuesta, es imprescindible situarla en el contexto del pensamiento ético de sus predecesores. Sócrates, a través de los diálogos de Platón, promovió una concepción ética centrada en la indagación racional y la autoconciencia moral, sosteniendo que "una vida sin

examen no merece ser vivida" (Apología, 38a). En esta línea, consideraba que la virtud era conocimiento, y que nadie hace el mal voluntariamente, sino por ignorancia.

Platón, por su parte, desarrolló una ética idealista basada en la teoría de las Ideas, donde el Bien ocupa el lugar supremo. En obras como *La República*, plantea que la justicia y la virtud son condiciones necesarias para el alma y la sociedad, estableciendo un modelo de armonía entre las distintas partes del alma (racional, irascible y apetitiva), concepto que influirá profundamente en Aristóteles, aunque este se distanciará del dualismo platónico al insistir en un enfoque más empírico y teleológico (Reale, 2001).

A diferencia de Platón, Aristóteles rechaza la existencia de un mundo de Ideas separado del mundo sensible, y en su lugar propone que la esencia y la finalidad de cada ser están presentes en su propia naturaleza. Así, la eudaimonía no se alcanza mediante la contemplación de un Bien trascendente, sino mediante el ejercicio pleno de las capacidades humanas en el marco de una vida virtuosa y racional dentro de la polis (Kraut, 2006).

En definitiva, el pensamiento ético de Aristóteles, con su énfasis en la virtud como hábito y en la vida buena como vida racional, representa una síntesis crítica de las enseñanzas de Sócrates y Platón, y constituye una de las formulaciones más duraderas y sistemáticas de la ética en la tradición filosófica occidental.

Este análisis busca definir la noción aristotélica de felicidad en su contexto histórico-filosófico, explorando sus semejanzas y diferencias con las concepciones de Sócrates y Platón. Así, se podrá apreciar cómo Aristóteles toma influencias de estas tradiciones, al mismo tiempo que introduce innovaciones clave que diferencian su propuesta.

## **Concepción socrática de la felicidad**

Sócrates, una de las figuras más influyentes de la filosofía antigua, no dejó escritos propios; sin embargo, su pensamiento ha llegado hasta nosotros principalmente a través de los diálogos de su discípulo Platón. En estos textos, se revela una concepción particular de la felicidad, profundamente vinculada con la ética y el conocimiento. Para Sócrates, la felicidad (eudaimonía) no es un estado pasajero de placer o bienestar físico, sino una condición estable del alma que se alcanza mediante la vida virtuosa y el cultivo racional del ser.

La concepción socrática se fundamenta en la idea de que la virtud es conocimiento. Es decir, aquel que conoce el bien no puede actuar de manera injusta o inmoral, ya que el mal es fruto de la ignorancia. Según este planteamiento, todo ser humano tiende naturalmente hacia el bien, pero solo mediante la educación y la reflexión filosófica es posible alcanzarlo de manera plena (Platón, Protágoras, 352c-d). Así, para Sócrates, no hay verdadera felicidad sin sabiduría: conocer el bien implica necesariamente actuar bien, y esta acción correcta es la que conduce al bienestar del alma.

En este sentido, la felicidad es inseparable de la vida ética y del ejercicio continuo de la razón. Sócrates concebía la filosofía como una forma de vida, cuyo propósito era el perfeccionamiento moral del individuo a través del diálogo, el cuestionamiento y la autoindagación. De allí su famosa máxima: “Una vida sin examen no merece ser vivida” (Platón, Apología, 38a), que resume su creencia de que el conocimiento de uno mismo y la constante revisión de nuestras acciones y creencias son fundamentales para alcanzar la plenitud humana.

Una de las diferencias más notables entre Sócrates y otros pensadores de la Antigüedad, como Aristóteles, radica en la suficiencia de la virtud para lograr la felicidad. Mientras Sócrates afirma que la virtud basta por sí sola para ser feliz —pues un alma justa y sabia es suficiente para alcanzar el bien—, Aristóteles sostiene en la *Ética a Nicómaco* que, si bien la virtud es el componente más importante de la felicidad, también se requieren ciertos bienes externos (como salud, amistad y recursos materiales) para alcanzarla plenamente (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I.8, 1099a30-1099b8).

Así, la visión socrática es más radicalmente intelectualista y ética, mientras que la aristotélica es más equilibrada y realista en cuanto a las condiciones de la vida humana. No obstante, la influencia de Sócrates en la tradición filosófica es profunda y perdurable, estableciendo una conexión fundamental entre conocimiento, virtud y felicidad que ha inspirado a múltiples corrientes éticas posteriores, desde el estoicismo hasta la ética kantiana. La concepción platónica de la felicidad

Platón, heredero del pensamiento socrático, desarrolla su concepción de la felicidad en el marco de su teoría de las Ideas o Formas. En diálogos como *La República* y *El Fedón*, Platón sostiene que la verdadera felicidad consiste en la contemplación del mundo inteligible, donde reside el Bien en sí mismo, la Idea suprema y causa última de todo lo existente. Según Platón, el alma humana, inmortal por naturaleza, se encuentra aprisionada en el cuerpo y solo puede alcanzar su plenitud al desligarse de las pasiones y del mundo sensible, orientándose hacia el conocimiento filosófico y la contemplación de las realidades eternas e inmutables. La filosofía, en este sentido, es una práctica de purificación (*κάθαρσις*) del alma que le permite recordar su origen divino y alcanzar la verdadera

felicidad (eudaimonía), que no depende de bienes materiales ni del placer, sino del conocimiento del Bien (Platón, Fedón, 64a–69e; República, VI-VII).

En La República, Platón propone una estructura tripartita del alma —racional, irascible y apetitiva— y afirma que la justicia y la felicidad consisten en el adecuado ordenamiento de estas partes, donde la razón debe gobernar con sabiduría. Solo cuando el alma está en armonía consigo misma y orientada al conocimiento de las Formas, puede alcanzarse una vida plena. La educación del filósofo, a través del camino ascendente del conocimiento (la famosa alegoría de la caverna), lo conduce a la contemplación del Bien y, con ello, a la realización de la auténtica felicidad (Platón, República, 514a–521b).

Aristóteles, aunque profundamente influenciado por su maestro Platón, se aparta de su concepción dualista al rechazar la separación radical entre el mundo sensible y el mundo inteligible. En su obra *Ética a Nicómaco*, propone una concepción más empírica y teleológica de la felicidad. Para Aristóteles, todo ser tiende hacia un fin (τέλος), y en el caso del ser humano, este fin es la eudaimonía, entendida como la actividad del alma conforme a la virtud a lo largo de una vida completa (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I.7, 1098a16–18). La felicidad no es algo externo o pasajero, sino el resultado de vivir de acuerdo con la naturaleza racional del ser humano, cultivando las virtudes éticas (como la templanza o la valentía) y dianoéticas (como la sabiduría o la prudencia).

A diferencia de Platón, quien considera que la felicidad se alcanza en un ámbito más allá del mundo sensible, Aristóteles sitúa la realización humana en la vida práctica, concreta y social. La política, la amistad y la educación son ámbitos fundamentales para el desarrollo de la virtud y, por ende, para la consecución de una vida feliz. Así, la eudaimonía aristotélica se logra mediante una actividad racional conforme a la excelencia, y no

mediante la contemplación de un mundo trascendente, aunque Aristóteles también reconoce un ideal más elevado de vida contemplativa (*bios theoretikós*) como forma suprema de felicidad (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, X.7–8).

### **La concepción aristotélica de la felicidad**

Para Aristóteles, la felicidad (*eudaimonía*) constituye el fin supremo de la vida humana, aquello que se desea por sí mismo y no como medio para alcanzar otro objetivo. En su obra *Ética a Nicómaco*, define la *eudaimonía* como “actividad del alma de acuerdo con la virtud y en una vida completa” (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1098a16-18). Esto implica que la felicidad no es un estado pasivo ni un placer momentáneo, sino una práctica activa que involucra el ejercicio constante de la razón y la virtud a lo largo de toda la vida.

Las virtudes según Aristóteles, Aristóteles distingue entre dos tipos fundamentales de virtudes:

**Virtudes éticas (morales):** Se relacionan con el carácter y se adquieren mediante la repetición de actos virtuosos, es decir, a través del hábito. Estas incluyen la justicia, la valentía, la templanza y la generosidad. Son el resultado de un entrenamiento moral que permite al individuo encontrar el justo medio entre los excesos y los defectos (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro II).

**Virtudes dianoéticas (intelectuales):** Vinculadas con la parte racional del alma, se desarrollan a través de la enseñanza, la reflexión y el aprendizaje. Entre ellas se destacan la *sophia* (sabiduría), *phronesis* (prudencia o sabiduría práctica), y *nous* (inteligencia intuitiva) (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro VI).

Un elemento central de su ética es la llamada doctrina del término medio (mesótes), según la cual la virtud consiste en hallar el punto intermedio entre dos extremos viciosos. Por ejemplo, la valentía es el equilibrio entre la temeridad (exceso) y la cobardía (defecto) (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1107a1-5).

#### Comparación con Sócrates y Platón

Aunque Aristóteles fue discípulo de Platón y compartió con él y con Sócrates la idea de que la virtud es esencial para una buena vida, su propuesta ética presenta diferencias fundamentales:

Enfoque empírico y teleológico: A diferencia de Platón, quien situaba la felicidad en el conocimiento de las Ideas eternas y el Bien supremo, Aristóteles la ubica en la vida práctica, afirmando que toda acción humana tiende a un fin (telos) y que ese fin último es la eudaimonía, alcanzada mediante el desarrollo de las capacidades propias del ser humano (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1097b22-1098a20).

#### Virtud como condición necesaria pero no suficiente para la felicidad

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles sostiene que la virtud (areté) es una condición necesaria para alcanzar la eudaimonía (felicidad o florecimiento humano), pero no suficiente por sí sola. A diferencia de Sócrates, quien sostenía que el conocimiento del bien necesariamente conduce a una vida buena, y que, por tanto, la virtud era autosuficiente para alcanzar la felicidad (cf. Platón, *Protágoras*, 345c-347a), Aristóteles introduce una visión más compleja y matizada. En *Ética a Nicómaco* (1099b1-5), afirma que, aunque la virtud es el elemento más importante de la felicidad, esta también depende de la fortuna y de las

condiciones externas: "es imposible, o al menos difícil, que quien es completamente desgraciado sea feliz".

Para Aristóteles, la eudaimonía es la actividad del alma de acuerdo con la virtud en una vida completa (EN, 1098a16–18), pero también requiere de bienes externos como la salud, la riqueza, los amigos y una buena posición social (cf. EN, 1099a31–1099b6). La carencia absoluta de estos bienes puede obstaculizar seriamente la posibilidad de vivir virtuosamente. En este sentido, su pensamiento se distancia del idealismo moral socrático y se alinea con una ética más realista y teleológica, que considera al ser humano como un ente encarnado, inmerso en un mundo material y social.

Autores contemporáneos como Martha Nussbaum y Richard Kraut han subrayado esta dimensión contextualizada de la ética aristotélica. Nussbaum (1993), por ejemplo, argumenta que la teoría de la eudaimonía en Aristóteles reconoce la vulnerabilidad humana frente a la fortuna, lo cual la hace particularmente relevante para una ética del desarrollo humano en contextos sociales y políticos complejos. Richard Kraut (2002), en su obra *Aristotle: Political Philosophy*, también enfatiza que la dependencia de bienes externos no niega la centralidad de la virtud, sino que la sitúa en un marco más humano y práctico.

Relación con la comunidad: la dimensión política de la virtud

Otro aspecto crucial del pensamiento aristotélico es la dimensión comunitaria de la vida ética. Aristóteles afirma en el inicio de la *Política* que "el hombre es por naturaleza un animal político" (*zoon politikon*) (*Política*, 1253a1–10). Esto significa que la vida humana se realiza plenamente en comunidad, dentro de una polis que brinda el contexto necesario para la formación del carácter y el ejercicio de la virtud.

Mientras Platón proponía en La República un Estado ideal gobernado por filósofos-reyes y estructurado en una rígida jerarquía funcional que garantizara el orden y la justicia (cf. República, 473c-d), Aristóteles se distancia de esta visión utópica. Para él, la comunidad política no es un artificio impuesto desde arriba, sino el resultado natural del desarrollo humano: los individuos necesitan de la polis no solo para satisfacer necesidades materiales, sino para alcanzar su fin propio, que es vivir bien (eu zen).

La polis tiene, entonces, una función ética: permite a los ciudadanos cultivar las virtudes morales y racionales mediante la educación, la participación cívica y la deliberación. Como sostiene Mayhew (1997), la política en Aristóteles no es un mero instrumento para el orden social, sino el medio a través del cual los seres humanos realizan su potencial ético. En este sentido, la vida política forma parte del bien humano, no como una mera estrategia, sino como un componente esencial del telos humano.

La felicidad en diálogo con Sócrates y Platón: la perspectiva empírica y teleológica de Aristóteles

La concepción aristotélica de la eudaimonía surge en diálogo y en contraste con las propuestas de sus predecesores. Sócrates, según los diálogos platónicos, concebía la virtud como conocimiento, y sostenía que nadie obra mal voluntariamente (cf. Apología, 25c; Menón, 87e-89a). Para Sócrates, la felicidad se sigue necesariamente del saber ético. Platón, en su desarrollo posterior, complejiza esta visión y la articula dentro de una cosmología y una teoría del alma que orientan la felicidad hacia el conocimiento de las Ideas y la contemplación del Bien (cf. República, 505a-511e).

Aristóteles, sin rechazar completamente estas ideas, reformula el problema desde una perspectiva más empírica y teleológica. En lugar de situar la felicidad en un plano trascendente, la inscribe en la vida concreta del ser humano, entendido como un ser racional cuya plenitud consiste en desarrollar su logos en armonía con las virtudes éticas y dianoéticas. Su enfoque parte de la observación de las actividades humanas y de la pregunta por su fin último, que define como aquello que se busca por sí mismo: la eudaimonía.

Tal como señala Terence Irwin (1999), Aristóteles combina elementos de la tradición socrático-platónica con una metodología inductiva y analítica que lo diferencia de sus maestros. La virtud no es solo conocimiento ni una idea eterna, sino una disposición adquirida por la repetición de actos, que encuentra su máxima expresión en una vida racional activa (EN, 1103a15-25).

Equilibrio entre vida contemplativa y vida activa, una de las contribuciones más originales de Aristóteles es su intento de equilibrar las dimensiones contemplativas y activa de la vida humana. En el libro X de la *Ética a Nicómaco*, distingue entre dos tipos de vida buena: la vida práctica (*bios praktikos*), centrada en las virtudes morales y la acción en la comunidad, y la vida contemplativa (*bios theoretikos*), centrada en el ejercicio de la razón pura.

Aunque al final de su tratado Aristóteles privilegia la vida contemplativa como la forma más elevada de felicidad (EN, 1177a11–1178a8), reconoce que la vida política y moral también tiene un valor intrínseco. Esta distinción no implica una desvalorización de la acción ética, sino que refleja su convicción de que el ser humano alcanza distintos niveles de perfección a través de diversas actividades racionales.

Autores como Alasdair MacIntyre (*After Virtue*, 1981) han resaltado la vigencia de esta distinción para pensar las tensiones entre ética personal, vida pública y realización

individual en las sociedades contemporáneas. Asimismo, la ética de la virtud ha sido revitalizada por filósofos como Philippa Foot y Rosalind Hursthouse, quienes han retomado la noción aristotélica de carácter y virtud como claves para una ética centrada en el desarrollo humano.

En definitiva, la concepción aristotélica de la felicidad representa una síntesis entre la tradición idealista de Sócrates y Platón y una mirada más empírica, realista y práctica del ser humano. Al situar la eudaimonía en la intersección entre virtud, comunidad y bienes externos, Aristóteles ofrece una teoría ética rica y compleja, que sigue influyendo en el pensamiento moral contemporáneo. Su enfoque, que integra vida contemplativa y activa, destaca la importancia de la razón, pero también reconoce los límites de la condición humana. En un mundo que sigue enfrentando dilemas éticos sobre el bienestar, la justicia y la realización personal, su filosofía continúa siendo una fuente de reflexión profunda y pertinente.

## Conclusiones

Esta monografía logra definir con claridad el concepto de eudaimonía en la filosofía aristotélica, resaltando que la felicidad no es un placer momentáneo ni la simple acumulación de bienes materiales, sino el resultado de una vida guiada por la razón y la virtud. Se explica cómo Aristóteles considera la felicidad como la culminación de una existencia plena y realizada.

Desde una perspectiva ética, se enfatiza la importancia de la virtud en la vida humana. Se distingue entre las virtudes éticas, adquiridas mediante la práctica y la repetición, y las virtudes dianoéticas, relacionadas con el conocimiento y la sabiduría. Esta distinción subraya la relevancia del carácter y la razón en la búsqueda de la felicidad.

En el ámbito de la psicología positiva, se establece un vínculo entre la eudaimonía aristotélica y las investigaciones actuales sobre bienestar. Se destaca cómo el desarrollo de fortalezas personales, la resiliencia y las relaciones significativas contribuyen a una vida plena, alineándose con la visión aristotélica de que la felicidad depende del florecimiento personal más que de la satisfacción inmediata.

El capítulo también analiza la influencia del pensamiento aristotélico en la filosofía política, destacando la conexión entre la felicidad individual y el bienestar común. Se menciona cómo sus ideas han influido en teorías del bien común y en la formulación de políticas públicas que buscan crear condiciones propicias para el desarrollo de los ciudadanos.

Otro logro significativo es la aplicación de la visión aristotélica en la educación. Se enfatiza la necesidad de una formación integral que no solo transmita conocimientos técnicos, sino que también fomente el desarrollo del carácter y la virtud. Esto resalta la

importancia de preparar a los individuos no solo para el éxito profesional, sino también para una vida ética y significativa.

De otro lado, se puede concluir la importancia de la vigencia del pensamiento aristotélico en el siglo XXI. Su énfasis en la virtud, la razón y el florecimiento humano sigue ofreciendo un modelo sólido para comprender qué significa vivir bien y cómo alcanzar una existencia plena en distintos ámbitos de la vida moderna.

La concepción aristotélica de la felicidad sigue siendo un pilar fundamental en el pensamiento filosófico contemporáneo. Aristóteles, en su obra "Ética a Nicómaco", define la felicidad (eudaimonía) no como un estado pasajero de placer o satisfacción, sino como la culminación de una vida plenamente realizada a través de la práctica de la virtud. Para él, la felicidad no es un objetivo efímero ni una simple acumulación de bienes materiales, sino el resultado de una vida guiada por la razón y la excelencia moral.

Este enfoque aristotélico de la felicidad tiene implicaciones profundas en diversos ámbitos, desde la ética hasta la psicología y la política. En el ámbito ético, su teoría proporciona un marco sólido para la reflexión sobre el carácter y la conducta humana. La noción de que una vida virtuosa es la clave para alcanzar la felicidad invita a considerar el desarrollo de hábitos positivos, el autocontrol y la búsqueda del equilibrio en nuestras acciones. Aristóteles distingue entre virtudes éticas, que se adquieren mediante la práctica y la y virtudes dianoéticas, relacionadas con el conocimiento y la sabiduría. Ambas son esenciales para alcanzar la eudaimonía.

En la actualidad, su pensamiento sigue siendo relevante en el campo de la psicología positiva, donde se enfatiza el bienestar como un proceso que depende del cultivo de fortalezas personales y relaciones significativas, más que de la búsqueda hedonista de

placer inmediato. Investigaciones modernas han demostrado que factores como la gratitud, la resiliencia y la conexión social juegan un papel crucial en el bienestar subjetivo, alineándose con la idea aristotélica de que la felicidad no radica en satisfacciones momentáneas, sino en la construcción de una vida con propósito y sentido.

Además, en la filosofía política, el concepto aristotélico de felicidad ha influido en teorías del bien común y en la idea de que una sociedad justa debe fomentar las condiciones para que sus ciudadanos puedan desarrollar sus capacidades plenamente. Aristóteles sostenía que el florecimiento individual está intrínsecamente ligado al bienestar de la comunidad, lo que se refleja en enfoques contemporáneos que buscan diseñar políticas públicas orientadas al bienestar social, la educación integral y el fortalecimiento de las instituciones democráticas. En este sentido, la noción de eudaimonía se ha convertido en un referente para la construcción de sociedades más equitativas y sostenibles, donde el desarrollo humano es el eje central del progreso.

En el ámbito educativo, la noción aristotélica de la felicidad también tiene aplicaciones significativas. La educación no debe limitarse a la transmisión de conocimientos técnicos o instrumentales, sino que debe incluir la formación del carácter y la promoción de la virtud. Este enfoque ha influido en modelos educativos que buscan desarrollar tanto habilidades cognitivas como emocionales y éticas, preparando a los individuos para una vida plena y significativa. La integración de estos principios en la educación contemporánea puede contribuir a la formación de ciudadanos más responsables, reflexivos y capaces de tomar decisiones que favorezcan tanto su desarrollo personal como el bienestar colectivo.

Desde una perspectiva más amplia, los hallazgos de esta investigación respaldan la relevancia de la eudaimonía como un ideal aplicable en el contexto moderno. La interconexión entre felicidad, virtud y sociedad plantea la necesidad de fomentar espacios que permitan el desarrollo de las capacidades humanas en todos los niveles. El acceso a la educación, la estabilidad económica, la equidad social y la promoción de valores éticos son elementos clave para garantizar que las personas puedan alcanzar una vida plena.

Por lo tanto, la visión aristotélica de la felicidad trasciende su contexto histórico y sigue ofreciendo un modelo ético aplicable a múltiples escenarios de la vida moderna. Su énfasis en la virtud, la razón y el florecimiento humano proporciona una perspectiva valiosa para comprender qué significa vivir bien y alcanzar una existencia plena y significativa. La relevancia de sus ideas en la ética, la psicología, la política y la educación demuestra que la búsqueda de la eudaimonía sigue siendo un ideal fundamental para el desarrollo humano en el siglo XXI. Al analizar estos aspectos desde una óptica contemporánea, se refuerza la importancia de construir sociedades que valoren no solo el éxito material, sino también el bienestar integral de sus ciudadanos.

## **El Papel de la Virtud en la Eudaimonía: Una Distinción entre Virtudes Éticas y Dianoéticas y la Importancia de la Educación Moral en la Vida Virtuosa**

La búsqueda de la felicidad y el florecimiento humano ha sido una preocupación filosófica desde la antigüedad. Aristóteles, en su ética, define la eudaimonía como el fin último de la vida humana, alcanzable a través de la práctica de la virtud. Este trabajo busca explicar el papel de la virtud en la eudaimonía, diferenciando entre virtudes éticas y dianoéticas, y analizando la importancia de la educación moral en la formación de una vida virtuosa.

### **La Eudaimonía como Fin Supremo**

#### Definición de Eudaimonía

El término eudaimonía, de origen griego (εὐδαιμονία), ha sido tradicionalmente traducido como "felicidad", aunque su significado más preciso se acerca a nociones como "florecimiento humano" o "vida lograda". En la filosofía de Aristóteles, especialmente en su obra *Ética a Nicómaco*, la eudaimonía no es concebida como un estado pasajero de placer o satisfacción momentánea, sino como una condición estable de excelencia y plenitud en la vida humana. Para el filósofo, alcanzar la eudaimonía implica vivir de acuerdo con la razón, la facultad distintivamente humana, y cultivar de manera continua nuestras capacidades y potencialidades más elevadas (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I.7, 1098a7–17).

En este sentido, la felicidad aristotélica no es un mero afecto emocional ni una meta efímera, sino el resultado de una vida virtuosa, estructurada en torno al ejercicio constante de la virtud (areté) y guiada por la deliberación racional. La eudaimonía es, por tanto, una

actividad del alma conforme a la virtud, a lo largo de una vida completa (Eth. Nic., I.7, 1098a16–18).

Este planteamiento se distancia claramente de las concepciones hedonistas de la felicidad, como la defendida por algunos sofistas o más tarde por los epicúreos, que la reducen a la búsqueda del placer y la evitación del dolor. Aristóteles, aunque no rechaza el placer, sostiene que este es un acompañamiento natural de la actividad virtuosa, pero no su fin último. En el Libro I de la *Ética a Nicómaco*, distingue entre tres tipos de vida comúnmente deseadas: la vida de placeres (*bios apolaustikos*), la vida política (*bios politikos*), orientada al honor, y la vida contemplativa (*bios theoretikos*), centrada en la sabiduría y el conocimiento. Según Aristóteles, solo esta última puede conducir a la auténtica eudaimonía, ya que supone la realización plena de la función distintiva del ser humano: el uso de la razón (Eth. Nic., I.5–7).

El concepto de eudaimonía ha sido reinterpretado por diversas corrientes filosóficas a lo largo de la historia. En el estoicismo, por ejemplo, la felicidad se entiende como la serenidad que proviene de la virtud y la conformidad con la naturaleza racional del universo, lo que implica el dominio de las pasiones (*pathē*) y la aceptación del destino (*logos*). Por otro lado, el epicureísmo propone que la felicidad se logra mediante el placer moderado, entendido no como indulgencia sensual, sino como ausencia de perturbaciones (*ataraxia*) y sufrimiento físico (*aponía*) (Epicuro, Carta a Meneceo).

En la filosofía moderna, pensadores como Immanuel Kant rechazan la identificación directa entre felicidad y virtud, subrayando que la moralidad debe fundarse en el deber y la autonomía de la voluntad, no en la búsqueda de un fin empírico como la felicidad. No

obstante, Kant reconoce que la virtud puede conducir indirectamente a una forma de bienestar racional y duradero (Crítica de la razón práctica, A122/B148).

En tiempos contemporáneos, la psicología positiva, especialmente en las propuestas de Martin Seligman, ha retomado y reformulado el concepto de eudaimonía como una dimensión del bienestar humano relacionada con el significado, el compromiso y la autorrealización, en contraposición a una visión meramente hedónica del bienestar. El modelo PERMA de Seligman (Positive Emotion, Engagement, Relationships, Meaning, Accomplishment) refleja esta influencia aristotélica en la comprensión moderna del florecimiento humano (Seligman, 2011).

### **La Relación entre Virtud y Eudaimonía**

La eudaimonía, un concepto central en la filosofía ética de Aristóteles, se traduce comúnmente como "felicidad" o "florecimiento humano" (eudaimonia en griego), aunque estas traducciones no capturan plenamente su sentido profundo. A diferencia de concepciones modernas que tienden a identificar la felicidad con estados subjetivos de placer o satisfacción momentánea, la eudaimonía aristotélica refiere a una condición objetiva y duradera de plenitud, coherente con la realización de la naturaleza humana a lo largo de toda la vida (Kraut, 2018).

En su obra *Ética a Nicómaco*, Aristóteles sostiene que "el bien supremo y fin último de la vida humana es la eudaimonía" (*Ética a Nicómaco*, I.1, 1095a15–20). Este fin último no se busca como medio para otra cosa, sino que se desea por sí mismo, constituyendo la meta hacia la cual tienden todas las acciones humanas racionales. En este sentido, la eudaimonía es una actividad del alma de acuerdo con la virtud (areté) y en una vida

completa, es decir, no se trata de un estado emocional pasajero, sino de una vida bien vivida (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I.7, 1098a16–18).

La realización de la eudaimonía implica, por tanto, el despliegue pleno de la razón, que es lo más característicamente humano. El ser humano alcanza su fin natural —su telos— cuando vive de acuerdo con su logos, es decir, cuando actúa guiado por la razón y cultiva las virtudes éticas e intelectuales. Estas virtudes no son innatas, sino que se adquieren mediante la práctica habitual y la educación moral, lo cual requiere deliberación, elección y constancia (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II.1–4).

Así, la virtud no es simplemente un medio para alcanzar la eudaimonía, sino que es constitutiva de ella. No se puede ser verdaderamente feliz sin ser virtuoso, pues la vida buena es, esencialmente, una vida virtuosa. Como señala Aristóteles, “la virtud completa al ser humano y lo hace bueno, y el buen ser humano lleva a cabo bien y noblemente sus propias funciones” (*Ética a Nicómaco*, II.6, 1106a15–20).

En suma, la eudaimonía en Aristóteles es una concepción ética integral que articula naturaleza, razón, virtud y vida práctica en una visión coherente del fin último humano. Su enfoque sigue siendo una fuente fundamental de reflexión tanto para la ética contemporánea como para la comprensión filosófica del bienestar humano.

### **La Virtud como Condición Necesaria para la Eudaimonía**

Aristóteles sostiene que sin virtud el ser humano no puede desarrollar plenamente su potencial como ser racional y social. En su *Ética a Nicómaco*, afirma que “el fin de la vida humana es la eudaimonía”, que comúnmente se traduce como felicidad o florecimiento humano, y que esta no puede alcanzarse sin la posesión y ejercicio de la virtud (*Ética a Nicómaco*, 1098a16–18). La virtud (areté) no consiste meramente en la realización de actos

moralmente correctos, sino que representa una disposición estable del carácter —lo que él denomina un *hexis*— adquirida a través de la repetición deliberada de acciones, es decir, del hábito (*ethos*). Es a través de este proceso que el individuo forma un carácter virtuoso, lo que le permite actuar de manera coherente con la razón y con principios éticos sólidos (*Ética a Nicómaco*, 1103a14–26).

En este sentido, la virtud actúa como un puente entre la razón y la acción. No basta con saber lo que es correcto; es necesario querer hacerlo y, además, hacerlo de manera habitual. La virtud moral, como la justicia, la templanza o el coraje, requiere que la parte racional del alma domine las pasiones, orientando la conducta hacia el justo medio, que es definido "en relación con nosotros y determinado por la razón, tal como la determinaría el hombre prudente" (*Ética a Nicómaco*, 1106b36–1107a2). Así, las decisiones de un individuo virtuoso no solo responden a su beneficio personal, sino que también están alineadas con el bien común, ya que el desarrollo personal está intrínsecamente vinculado a la vida en comunidad.

La *eudaimonía*, por tanto, no es un estado que se alcanza de forma instantánea o accidental. No depende del placer momentáneo ni de la fortuna externa, sino que es el resultado de una vida vivida conforme a la virtud, a lo largo del tiempo. Según Aristóteles, "una golondrina no hace verano, ni un solo día; así tampoco un solo día o un corto tiempo hacen feliz a nadie" (*Ética a Nicómaco*, 1098a18–20). La felicidad exige un proceso continuo de aprendizaje, práctica y perfeccionamiento del carácter, en el cual la razón desempeña un papel central. Es esta facultad racional la que permite al ser humano deliberar, discernir lo correcto de lo incorrecto, y actuar conforme a dicho discernimiento. Solo así se realiza plenamente su naturaleza racional y ética.

## **El Principio del Justo Medio**

Uno de los principios fundamentales de la ética aristotélica es la doctrina del justo medio (*mesotēs*), que ocupa un lugar central en su obra *Ética a Nicómaco*. Aristóteles sostiene que la virtud moral consiste en un punto intermedio entre dos extremos viciosos: el exceso y el defecto. Esta concepción supone una postura contraria tanto al relativismo ético como al rigorismo moral, ya que no propone una regla universal única para todos los casos, sino que subraya la importancia del juicio prudente (*phronēsis*) para determinar qué es lo correcto en cada circunstancia particular (*Ética a Nicómaco*, II, 6, 1106b36–1107a2).

El justo medio no debe confundirse con una mediocridad o con una actitud de neutralidad pasiva. Al contrario, representa una excelencia que requiere discernimiento, sensibilidad moral y capacidad de deliberación. Cada virtud es un término medio entre dos vicios opuestos: uno por exceso y otro por defecto. Por ejemplo, la valentía (*andreia*) es la virtud que se encuentra entre la temeridad (exceso) y la cobardía (defecto), y la generosidad (*eleutheriotēs*) se sitúa entre la prodigalidad y la avaricia. Esta estructura se repite en diversas virtudes como la templanza, la veracidad, la afabilidad o la ambición, cada una de las cuales implica una regulación adecuada de las pasiones y acciones humanas (*Ética a Nicómaco*, II, 7, 1107a4–1107a27).

Es importante destacar que este equilibrio no es un punto fijo o universalmente determinado, sino que depende de múltiples factores, como la naturaleza del agente, el contexto de la acción y las circunstancias concretas del momento. Por ello, Aristóteles afirma que el justo medio es relativo a nosotros (*pros hēmas*), es decir, debe determinarse según la persona concreta y la situación específica (*Ética a Nicómaco*, II, 6, 1106a29–

1106b6). Así, lo que constituye el justo medio para un individuo no necesariamente lo será para otro, lo que pone de relieve la dimensión práctica y situada de la virtud.

El individuo virtuoso no es aquel que simplemente evita los extremos de manera mecánica, sino aquel que, mediante la razón y la experiencia, logra encontrar el punto de equilibrio adecuado. Esta disposición estable del carácter que permite actuar conforme al justo medio se denomina *hexis*, y es el resultado de una formación ética que integra tanto el hábito como el conocimiento. La virtud, entonces, es una forma de excelencia (*aretē*) que se alcanza a través de la educación, la repetición de actos correctos y el cultivo del juicio práctico.

En suma, la doctrina del justo medio refleja la visión teleológica de Aristóteles, en la que toda acción humana se orienta hacia un fin (*telos*) que, en el caso de la vida ética, es la *eudaimonía* o felicidad entendida como realización plena de las potencialidades humanas. La virtud es el camino hacia esa realización, y el justo medio es su expresión concreta en la vida cotidiana.

### **La Importancia del Hábito y la Educación**

El desarrollo de la virtud no es un acto espontáneo ni automático, sino que requiere de una formación continua, guiada por la razón práctica (*phronesis*) y sostenida en el tiempo a través de la repetición deliberada de actos virtuosos. Aristóteles sostiene que el ser humano no nace virtuoso, sino que se convierte en tal mediante la habituación: es a través del ejercicio constante de acciones correctas que el individuo forma disposiciones estables del carácter, las llamadas *hexeis*, que lo inclinan a obrar bien de manera natural y con placer (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II, 1–2, 1103a–1104b).

En esta perspectiva, la virtud es una segunda naturaleza adquirida que emerge por la repetición de actos justos y valientes, guiados por principios racionales. La educación moral, tanto en la infancia como en la vida adulta, juega un papel fundamental en este proceso. Aristóteles afirma que la *paideia* —la educación en sentido amplio— no solo transmite conocimientos, sino que modela el carácter, orientando al individuo hacia el bien. Así, la virtud requiere de un entorno social adecuado que proporcione no solo normas y reglas, sino también modelos ejemplares de conducta. Estos modelos encarnan la *areté*, y mediante la imitación y el diálogo con ellos, los ciudadanos pueden aprender a discernir el bien y a desearlo por sí mismo (Burnyeat, 1980; Broadie, 1991).

El entorno en el que un individuo crece y se desarrolla desempeña, por tanto, un papel crucial en su capacidad para alcanzar la *eudaimonía*, entendida como la realización plena de la naturaleza humana en una vida guiada por la razón y orientada al bien. Aristóteles destaca que el florecimiento humano solo es posible dentro de una comunidad política (*polis*) que promueve valores virtuosos y que está organizada para facilitar la vida buena. Una *polis* justa proporciona las condiciones necesarias —leyes, instituciones, educación— para el desarrollo moral de sus ciudadanos (Aristóteles, *Política*, VII, 1–3, 1323a–1325a).

Por el contrario, un ambiente social corrupto, dominado por la injusticia, el hedonismo o la ignorancia, puede obstaculizar gravemente la formación del carácter virtuoso. Sin estructuras que incentiven la virtud y sin referentes morales visibles, los individuos difícilmente podrán adquirir los hábitos necesarios para tomar decisiones correctas de manera espontánea. Así, el logro de una vida plena —la *eudaimonía*— no

depende únicamente del individuo, sino también de las condiciones sociales, educativas y políticas en las que se inscribe su existencia.

### **La Relación entre la Virtud Moral e Intelectual**

Aristóteles distingue entre dos tipos de virtudes: las virtudes morales y las virtudes intelectuales. Las virtudes morales, como la justicia, la fortaleza y la templanza, se adquieren mediante la práctica y el hábito. En cambio, las virtudes intelectuales, como la sabiduría y la prudencia, se desarrollan a través de la instrucción y el aprendizaje (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1103a–1104b). Ambas son esenciales para alcanzar la eudaimonía, ya que la virtud moral regula las emociones y deseos, mientras que la virtud intelectual orienta la razón hacia la verdad y la comprensión (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1098a–1102a).

La prudencia (*phronesis*) juega un papel crucial en la ética aristotélica, ya que permite discernir cuál es el justo medio en cada situación. Un individuo prudente no solo conoce los principios generales de la moralidad, sino que también sabe cómo aplicarlos en la vida cotidiana (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1140b–1145a).

Con base en lo anterior, se puede afirmar que, para Aristóteles, la relación entre virtud y eudaimonía es inseparable. La virtud no solo es un medio para alcanzar la felicidad, sino que constituye la esencia misma de una vida plena y significativa. Mediante el cultivo de hábitos virtuosos, la educación y la práctica constante, el ser humano puede desarrollar su potencial y vivir en armonía consigo mismo y con la sociedad. En este sentido, la eudaimonía no es un destino, sino un camino de mejora continua guiado por la razón y la excelencia moral (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1098a–1099b).

## **Eudaimonía y la Vida Política**

La eudaimonía, un concepto central en la filosofía de Aristóteles, se traduce generalmente como "felicidad" o "florecimiento humano". No se trata de un estado emocional pasajero, sino de una condición profunda y sostenida que resulta del ejercicio continuo de la virtud y el desarrollo del potencial humano (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1098a16–18). Para Aristóteles, alcanzar la eudaimonía no es solo una meta individual, sino que también posee una dimensión social y política ineludible.

Desde su perspectiva, el ser humano es por naturaleza un "animal político" (*zoon politikon*) (Aristóteles, *Política*, 1253a2), lo que implica que la vida en comunidad es indispensable para su desarrollo. La polis, como organización política y social, no solo brinda un espacio de convivencia, sino que también proporciona las condiciones necesarias para que los ciudadanos puedan practicar la justicia, la templanza, la prudencia y otras virtudes fundamentales (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1103a15–25). En este sentido, la ética aristotélica está intrínsecamente vinculada con la política, pues el buen gobierno debe fomentar la educación moral y la formación del carácter en los ciudadanos (Aristóteles, *Política*, 1337a10–20).

El Estado, según Aristóteles, tiene la responsabilidad de organizar la sociedad de tal manera que facilite la vida virtuosa. Esto implica la promoción de leyes justas, la instauración de instituciones educativas adecuadas y la configuración de una estructura política que favorezca el bien común (Aristóteles, *Política*, 1280b5–10). En su obra *Política*, Aristóteles argumenta que el gobierno más adecuado es aquel que busca no solo la estabilidad del Estado, sino también el desarrollo moral de sus ciudadanos (Aristóteles, *Política*, 1289a1–10).

En la actualidad, este enfoque sigue siendo relevante. Las instituciones políticas y educativas continúan desempeñando un papel crucial en la formación del carácter de los ciudadanos. La filosofía política contemporánea ha retomado estas ideas, argumentando que el bienestar de una sociedad no depende exclusivamente de factores económicos o materiales, sino también de la calidad moral de sus miembros y de las oportunidades que se les brinden para desarrollar su potencial (Nussbaum, 1997).

En democracias modernas, la educación cívica y ética es considerada un elemento esencial para la estabilidad y prosperidad de la sociedad. La formación de ciudadanos responsables, con un fuerte sentido de la justicia y el compromiso con el bien común, es un objetivo fundamental de los sistemas políticos que buscan promover sociedades justas y equitativas (Sandel, 2009).

Por lo tanto, la relación entre eudaimonía y vida política sigue siendo un tema de reflexión pertinente, no solo en el ámbito filosófico, sino también en la práctica política y social. Comprender cómo las estructuras políticas pueden fomentar o dificultar el desarrollo de la virtud es un desafío que sigue vigente en la actualidad, y uno que sigue generando debates sobre el papel del Estado, la educación y la moralidad en la construcción de sociedades más justas y florecientes.

## **Virtudes Éticas y Virtudes Dianoéticas**

### **Virtudes Éticas:**

Las virtudes éticas son cualidades morales que se desarrollan a través del hábito y la práctica continua. Estas virtudes no son innatas, sino que se adquieren mediante la repetición de actos virtuosos, lo que permite a las personas consolidar disposiciones estables de comportamiento moralmente correcto (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II.1-4).

Ejemplos fundamentales de estas virtudes incluyen la templanza, la valentía y la justicia, cada una de las cuales cumple un papel crucial en la formación del carácter y en la vida en sociedad (Kraut, 2018).

La templanza es la virtud que regula los deseos y pasiones, permitiendo a la persona ejercer el autocontrol y actuar con moderación en distintos ámbitos de la vida. Se manifiesta en la capacidad de resistir impulsos desmedidos, evitando excesos que puedan derivar en conductas perjudiciales (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, III.10-12). Un individuo templado sabe encontrar el equilibrio en sus emociones y deseos, lo que contribuye a su bienestar y a la armonía en sus relaciones con los demás (Nussbaum, 2001).

La valentía, por otro lado, no debe confundirse con la ausencia de miedo, sino que implica la capacidad de actuar de manera racional y decidida frente a situaciones de peligro o adversidad. Una persona valiente no ignora los riesgos, sino que los enfrenta con prudencia y determinación, evitando la temeridad o la cobardía (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, III.6-9). Esta virtud resulta fundamental en la superación de obstáculos y en la defensa de principios y valores, incluso en circunstancias desafiantes (MacIntyre, 2007).

La justicia es una de las virtudes éticas más importantes, ya que implica la disposición estable de dar a cada uno lo que le corresponde. Se relaciona con la equidad y la armonía social, promoviendo relaciones interpersonales basadas en el respeto y la dignidad (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, V.1-10). La justicia no solo se manifiesta en la aplicación imparcial de normas y leyes, sino también en el reconocimiento de los derechos de los demás y en la búsqueda de un orden social más justo e inclusivo (Annas, 1993).

El desarrollo de las virtudes éticas es fundamental para la convivencia humana, ya que regulan las relaciones interpersonales y fomentan un entorno de respeto, cooperación y

solidaridad. Sin embargo, su cultivo no ocurre de manera automática, sino que depende de la educación moral y del ejemplo de figuras virtuosas dentro de la sociedad (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, II.1-2; VII.13). Los modelos a seguir, como padres, maestros y líderes comunitarios, desempeñan un papel clave en la transmisión de valores éticos, al inspirar a las nuevas generaciones a vivir conforme a principios de integridad y responsabilidad (Hursthouse, 1999).

En este sentido, la formación de una persona virtuosa requiere una constante reflexión sobre sus acciones y decisiones, así como un esfuerzo deliberado por mejorar su carácter. Practicar la templanza, la valentía y la justicia de manera cotidiana fortalece el hábito de obrar correctamente y contribuye a la construcción de una sociedad más armónica y equitativa. La ética, por tanto, no es solo un conjunto de normas abstractas, sino un compromiso activo con el bien común y el florecimiento humano (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, X.6-9).

### **Virtudes Dianoéticas**

Las virtudes dianoéticas son aquellas que se relacionan directamente con la razón y el conocimiento, desempeñando un papel crucial en la vida humana. Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, establece una distinción fundamental entre dos tipos de virtudes intelectuales: la sabiduría (*sophia*) y la prudencia (*phronesis*) (Aristóteles, 2008). Ambas son esenciales para la toma de decisiones virtuosas y la vida buena, ya que permiten a los individuos alcanzar un equilibrio entre el conocimiento teórico y la aplicación práctica del saber en la vida cotidiana.

La sabiduría (*sophia*) es el conocimiento profundo y teórico de la realidad. Implica la capacidad de comprender las verdades fundamentales del mundo, los principios

universales que rigen la existencia y la naturaleza del ser. Se trata de un conocimiento contemplativo, que busca la verdad por sí misma y que se asocia con la filosofía especulativa y la ciencia teórica (Aristóteles, 2008, VI, 7). En la visión aristotélica, la sabiduría es una virtud suprema porque eleva el alma humana hacia la comprensión de lo eterno e inmutable. No obstante, por sí sola, la sabiduría puede carecer de aplicabilidad práctica en la vida cotidiana, por lo que requiere ser complementada con la prudencia.

Por otro lado, la prudencia (*phronesis*) es la capacidad de aplicar el conocimiento en la vida práctica. No se trata solo de conocer lo que es correcto, sino de saber cómo y cuándo actuar en cada situación específica. La prudencia permite discernir la mejor acción en cada circunstancia particular, considerando no solo principios generales, sino también las condiciones específicas de la realidad en la que se encuentra el individuo (Nussbaum, 1995). Aristóteles enfatiza que, sin prudencia, las virtudes éticas pueden quedar desprovistas de dirección adecuada, ya que es la prudencia la que proporciona la guía necesaria para actuar de manera correcta (Aristóteles, 2008, VI, 5).

La relación entre la sabiduría y la prudencia es compleja pero complementaria. Mientras que la sabiduría busca la comprensión teórica de la verdad, la prudencia se enfoca en la acción correcta dentro de la vida cotidiana. Una persona puede ser muy sabia en un sentido teórico, pero si carece de prudencia, es posible que no pueda aplicar su conocimiento de manera efectiva en situaciones prácticas. Del mismo modo, una persona prudente sin una base sólida de conocimiento teórico podría tomar decisiones basadas en la experiencia y la intuición, pero sin una comprensión profunda de los principios fundamentales de la realidad (Reeve, 2013).

En el mundo contemporáneo, la importancia de la prudencia y la sabiduría sigue siendo evidente en múltiples ámbitos de la sociedad. En la ética profesional, por ejemplo, la prudencia es crucial para que los profesionales puedan tomar decisiones informadas y moralmente correctas. Un médico, un juez o un líder empresarial deben poseer no solo conocimiento técnico en sus respectivas disciplinas, sino también la capacidad de evaluar las circunstancias particulares de cada situación y actuar de manera ética y responsable (MacIntyre, 2007). Sin prudencia, el conocimiento técnico podría ser utilizado de manera inapropiada o sin consideración por el bienestar de los demás.

En la política, la prudencia es igualmente esencial. Los gobernantes y legisladores deben equilibrar el conocimiento teórico sobre economía, derecho y teoría política con la capacidad de tomar decisiones prácticas que beneficien a la sociedad en su conjunto. La historia muestra numerosos ejemplos de líderes que, a pesar de poseer un gran conocimiento teórico, carecieron de la prudencia necesaria para aplicarlo adecuadamente, lo que llevó a consecuencias desastrosas (Arendt, 2005). De igual manera, los ciudadanos también necesitan desarrollar la prudencia para participar activamente en la vida democrática y tomar decisiones informadas en procesos electorales y debates públicos.

En el campo de la educación, la importancia de fomentar tanto la sabiduría como la prudencia es fundamental para el desarrollo integral de las personas. Un sistema educativo que se enfoque solo en la transmisión de conocimientos teóricos sin desarrollar la capacidad de aplicarlos en la vida real estará formando individuos con una comprensión limitada de la realidad (Biesta, 2010). Por ello, es crucial que los programas educativos incluyan experiencias prácticas, metodologías activas y oportunidades para la reflexión

crítica, de modo que los estudiantes puedan aprender a tomar decisiones prudentes en distintos contextos.

Así las cosas, tendríamos que afirmar que las virtudes dianoéticas de la sabiduría y la prudencia son fundamentales para una vida plena y moralmente correcta. Mientras que la sabiduría permite comprender la realidad de manera profunda, la prudencia garantiza que dicho conocimiento se traduzca en acciones concretas y acertadas en la vida cotidiana. En la actualidad, estas virtudes siguen siendo esenciales en diversos ámbitos como la ética profesional, la política y la educación, contribuyendo al desarrollo de una sociedad más justa y equitativa. Fomentar estas virtudes en la formación de los individuos es una tarea crucial para garantizar un futuro en el que el conocimiento y la acción se integren armónicamente para el bien común.

### **La importancia de la educación moral**

La educación moral es un aspecto fundamental en la formación integral del ser humano, pues no solo influye en su desarrollo personal, sino que también repercute en la construcción de sociedades más justas, equitativas y armoniosas. Desde tiempos inmemoriales, filósofos y pensadores han reflexionado sobre la importancia de inculcar valores y principios éticos en los individuos, entendiendo que la virtud no es un atributo innato, sino el resultado de un proceso constante de aprendizaje, práctica y reflexión.

A lo largo de la historia, diversas corrientes filosóficas han enfatizado la necesidad de una educación moral sólida. Aristóteles, por ejemplo, argumentaba que la educación no debía limitarse únicamente a la adquisición de conocimientos teóricos, sino que debía incluir el cultivo del carácter y la enseñanza de la prudencia. La repetición de actos virtuosos, guiada por la razón y la disciplina, es lo que permite la formación de hábitos que,

con el tiempo, se consolidan como virtudes. En este sentido, la educación moral es una tarea continua que debe comenzar en la infancia y prolongarse a lo largo de toda la vida.

Uno de los principales agentes en la educación moral es la familia. Desde los primeros años de vida, los niños aprenden de sus padres y cuidadores los principios básicos del bien y el mal, internalizando normas de conducta que guiarán su comportamiento en el futuro. La enseñanza de valores como la honestidad, la responsabilidad, la empatía y el respeto es esencial en esta etapa formativa, ya que estos se convierten en los cimientos sobre los cuales se construirá la personalidad y la conciencia ética del individuo. Un entorno familiar saludable y orientado hacia la virtud facilita este aprendizaje, proporcionando modelos a seguir que refuercen los ideales de justicia y moralidad.

No obstante, la familia no es el único espacio donde se forja la educación moral. La escuela desempeña un papel crucial en la consolidación de estos valores. A través de la enseñanza formal, los docentes pueden guiar a los estudiantes en la comprensión de principios éticos y en la aplicación de estos en su vida cotidiana. La educación moral en la escuela no debe limitarse a la mera memorización de conceptos filosóficos, sino que debe ser una experiencia vivencial, en la que los estudiantes puedan reflexionar sobre dilemas éticos, debatir acerca de problemáticas sociales y comprender la importancia de la virtud en la vida diaria.

La sociedad, en su conjunto, también tiene la responsabilidad de fomentar la educación moral. Las instituciones, los medios de comunicación y las comunidades juegan un papel esencial en la transmisión de valores y en la creación de un entorno en el que la virtud sea reconocida y valorada. La cultura y la tradición de cada sociedad influyen en la percepción de lo que es moralmente aceptable, y es necesario que los ciudadanos sean

conscientes de la importancia de actuar conforme a principios éticos para garantizar la convivencia pacífica y el bienestar común.

En este contexto, la educación moral no debe entenderse como un simple conjunto de reglas impuestas, sino como un proceso dinámico que involucra la reflexión y la autoconciencia. Es fundamental que los individuos comprendan por qué ciertos valores son esenciales y cómo su aplicación contribuye a su propio desarrollo y al de la comunidad. La educación moral no solo busca que las personas actúen correctamente por obligación, sino que desarrollen una auténtica inclinación hacia el bien y la justicia.

Uno de los conceptos clave en la filosofía moral es el de la eudaimonía, término griego que se traduce comúnmente como "felicidad" o "florecimiento humano". Desde la perspectiva aristotélica, la eudaimonía no es un estado efímero de placer, sino el resultado de una vida vivida con virtud. La distinción entre virtudes éticas y dianoéticas resalta la importancia del hábito y la razón en la formación del carácter. Las virtudes éticas, como la generosidad y la valentía, se adquieren a través de la repetición de actos justos y nobles, mientras que las virtudes dianoéticas, relacionadas con la sabiduría y el discernimiento, se desarrollan mediante el ejercicio del intelecto y la educación.

En este sentido, la educación moral se presenta como un medio esencial para cultivar la virtud y garantizar que los individuos puedan alcanzar su máximo potencial. No basta con conocer qué es lo correcto; es necesario interiorizar y practicar estos valores en la vida cotidiana. La formación del carácter implica esfuerzo y dedicación, pero sus beneficios se reflejan en la construcción de una comunidad más ética y cohesionada.

En la actualidad, con los avances tecnológicos y los cambios en la estructura social, la educación moral enfrenta nuevos desafíos. La globalización y la diversidad cultural han

ampliado el panorama ético, presentando dilemas que requieren una reflexión profunda sobre los valores universales y su aplicación en contextos específicos. Las redes sociales, por ejemplo, han transformado la manera en que interactuamos y nos relacionamos con los demás, poniendo a prueba la empatía, el respeto y la responsabilidad en el ámbito digital. Por ello, es imprescindible que la educación moral se adapte a estos cambios y prepare a las nuevas generaciones para afrontar los retos del mundo contemporáneo con integridad y discernimiento.

En definitiva, es pertinente afirmar que, la educación moral es un pilar fundamental en la formación de individuos y sociedades justas. Su importancia radica en que permite el desarrollo de la virtud, la construcción del carácter y la promoción de una convivencia basada en el respeto y la justicia. La familia, la escuela y la sociedad tienen la responsabilidad de fomentar valores éticos y proporcionar a las personas las herramientas necesarias para actuar con sabiduría y rectitud. Solo a través de una educación moral sólida y bien fundamentada se puede aspirar a un mundo en el que la eudaimonía y la virtud sean la norma y no la excepción.

Este apartado ha permitido desarrollar un análisis profundo sobre el papel de la virtud en la eudaimonía, diferenciando entre las virtudes éticas y dianoéticas, y destacando la relevancia de la educación moral en la formación de una vida verdaderamente virtuosa. A través del estudio de la ética aristotélica, se ha demostrado que la felicidad no puede reducirse a un estado pasajero de placer o satisfacción, sino que representa un ideal de plenitud alcanzado mediante el ejercicio constante de la razón y la virtud. Este planteamiento implica un proceso dinámico de desarrollo personal en el que el individuo, guiado por el hábito y la educación, cultiva disposiciones que le permiten actuar de manera

correcta en diversas circunstancias. A diferencia de otras concepciones que identifican la felicidad con la obtención de bienes externos o con estados subjetivos de bienestar, Aristóteles argumenta que la eudaimonía es el resultado de una vida orientada hacia la excelencia moral e intelectual, lo que requiere tanto del perfeccionamiento de las virtudes éticas como de las dianoéticas.

En este sentido, se ha profundizado en la distinción entre ambos tipos de virtudes. Las virtudes éticas, como la justicia, la templanza y la valentía, son disposiciones adquiridas mediante la repetición de actos virtuosos. No surgen de manera espontánea, sino que requieren de un proceso de formación y práctica continua que, a través del hábito, consolida en el individuo una manera de ser que lo inclina a actuar conforme al bien. La importancia del justo medio en la determinación de estas virtudes se ha puesto de manifiesto, pues Aristóteles sostiene que cada virtud se sitúa en un punto intermedio entre dos extremos viciosos: el exceso y el defecto. Así, por ejemplo, la valentía se encuentra entre la temeridad y la cobardía, mientras que la templanza representa el equilibrio entre la indulgencia excesiva y la insensibilidad. Esto demuestra que la virtud no es una simple cualidad innata, sino el resultado de un proceso deliberado de formación ética que busca armonizar las emociones y los deseos con la razón.

Por otro lado, se ha abordado el papel fundamental de las virtudes dianoéticas, que se relacionan con el ejercicio de la razón y el conocimiento. Entre estas, Aristóteles distingue la sabiduría (*sophia*), orientada hacia el conocimiento teórico, y la prudencia (*phronesis*), que permite aplicar dicho conocimiento a la vida práctica. La prudencia, en particular, se ha identificado como un elemento clave en la toma de decisiones virtuosas, ya que es la capacidad que permite discernir cuál es la acción correcta en cada contexto. Sin

prudencia, las virtudes éticas podrían quedar desprovistas de una adecuada dirección, pues actuar con valentía, justicia o templanza requiere de un juicio racional que determine en qué medida y en qué circunstancias cada virtud debe ser ejercida. En este sentido, el desarrollo de las virtudes dianoéticas complementa el cultivo de las virtudes éticas, garantizando que la acción virtuosa no sea fruto del azar ni de la simple costumbre, sino de una reflexión racional fundamentada en la comprensión del bien.

A lo largo del capítulo, también se ha analizado el papel esencial de la educación moral en la formación de individuos virtuosos. Dado que la virtud no es innata, sino adquirida mediante la práctica y la enseñanza, la educación desempeña un papel determinante en el desarrollo del carácter moral. Aristóteles enfatiza que el aprendizaje de la virtud comienza desde la infancia, en un proceso de socialización en el que la repetición de acciones justas, moderadas y valientes forja disposiciones estables en el individuo. Sin una adecuada educación moral, los individuos corren el riesgo de desarrollar hábitos viciosos que los alejen del camino de la eudaimonía. Este planteamiento resalta la importancia de las instituciones, la familia y la comunidad en la formación del carácter, pues el entorno en el que se desenvuelve una persona influye significativamente en la adquisición de valores y virtudes.

En relación con el objetivo 2 de esta investigación, los resultados obtenidos han permitido confirmar que la virtud es no solo un requisito indispensable para la eudaimonía, sino también el medio a través del cual esta se alcanza. Se ha demostrado que la felicidad, entendida como florecimiento humano, no puede lograrse sin la práctica de la virtud, ya que esta última es la que permite a los individuos vivir de acuerdo con su naturaleza racional y alcanzar su máximo potencial. La diferenciación entre virtudes éticas y dianoéticas ha

permitido comprender con mayor claridad cómo se estructura la vida virtuosa y qué condiciones son necesarias para su realización. Mientras que las virtudes éticas regulan el comportamiento y las emociones mediante el hábito, las virtudes dianoéticas proporcionan el conocimiento y el discernimiento necesario para que la acción moral sea verdaderamente racional. En este sentido, la interdependencia entre ambas categorías de virtud es crucial para la comprensión del ideal aristotélico de la felicidad.

Asimismo, el análisis ha puesto de manifiesto la función clave de la educación moral en la consolidación de una vida virtuosa. Los hallazgos sugieren que la formación del carácter no es un proceso espontáneo, sino que requiere de un esfuerzo deliberado y de la orientación de mentores que guíen a los individuos en la adquisición de hábitos virtuosos. La educación moral no solo contribuye al desarrollo de la virtud a nivel individual, sino que también tiene un impacto en la vida en comunidad. Una sociedad que fomente la educación ética y el cultivo de la virtud estará mejor preparada para garantizar la justicia, la cooperación y el bienestar colectivo. De este modo, la eudaimonía no solo es un fin personal, sino también un objetivo social que depende del fortalecimiento de la virtud en los ciudadanos.

## **Vigencia de la felicidad aristotélica en el mundo actual: Un contraste con el utilitarismo, el existencialismo y la ética del cuidado**

La concepción aristotélica de la felicidad como fin último de la vida humana, expuesta en la *Ética a Nicómaco*, continúa siendo un referente esencial en el pensamiento ético contemporáneo. Sin embargo, su relevancia actual debe analizarse considerando los profundos cambios filosóficos, sociales y políticos que han influido en las modernas concepciones de la vida buena y del bienestar.

Este capítulo propone un análisis comparativo entre la noción aristotélica de eudaimonía y tres enfoques contemporáneos que han reformulado el horizonte ético: el utilitarismo, el existencialismo y la ética del cuidado. El objetivo es valorar en qué medida la propuesta de Aristóteles conserva su poder orientador y en qué aspectos podría requerir una actualización crítica.

### **La felicidad en Aristóteles: una recapitulación necesaria**

La naturaleza teleológica de la existencia humana Aristóteles parte del principio de que todo ser tiende hacia un fin, una finalidad intrínseca que define su naturaleza. En el caso del ser humano, este fin es la eudaimonía, entendida no como una emoción pasajera o una simple satisfacción, sino como el florecimiento completo de la vida racional. La felicidad, según Aristóteles, consiste en una actividad del alma conforme a la virtud, y más aún, a la mejor y más perfecta de las virtudes. Esto significa que la felicidad no es un estado pasivo, sino una actividad continua que pone en acto las capacidades superiores del ser humano a lo largo de toda su vida.

### **Virtud y racionalidad: ejes de la vida buena**

La virtud, para Aristóteles, no es simplemente una disposición moral, sino el resultado del perfeccionamiento racional y emocional a través del hábito. La vida buena no radica en la búsqueda de placeres ni en la acumulación de bienes materiales, sino en la práctica constante de acciones guiadas por la razón. Solo aquellas inclinaciones y deseos que han sido educados y gobernados por la razón pueden conducir al bien. No basta con conocer la virtud; es necesario habituarse a ejercerla, a vivirla en la práctica cotidiana.

### **Aristóteles frente al utilitarismo**

La redefinición moderna de la felicidad el utilitarismo, surgido en el siglo XVIII, introdujo una redefinición de la felicidad basada en la maximización del placer y la reducción del dolor. Este enfoque, desarrollado por autores como Jeremy Bentham y posteriormente John Stuart Mill, trasladó el centro de gravedad ético hacia las consecuencias de las acciones. El bien moral se mide entonces por su capacidad de generar el mayor bienestar posible para el mayor número de personas. Mill, además, introdujo una distinción cualitativa entre los placeres, valorando más los de tipo intelectual y moral que los meramente sensoriales.

Contraste con Aristóteles mientras el utilitarismo valora la acción en función de sus resultados externos, Aristóteles centra su ética en el carácter del agente. La felicidad no se alcanza simplemente acumulando placeres, sino cultivando un modo de ser excelente. Para Aristóteles, lo importante es cómo se vive, no solo qué consecuencias se producen. Su perspectiva es teleológica e internalista, pues el bien está en la realización del fin propio del ser humano, no en efectos contingentes.

### **Crítica contemporánea: la reducción de la vida buena**

En la actualidad, muchas políticas públicas adoptan criterios utilitaristas, como lo muestran iniciativas que buscan medir la felicidad nacional o que aplican análisis costo-beneficio en áreas como la salud o la educación. Aunque estos enfoques pueden tener efectos positivos, también corren el riesgo de trivializar la vida buena, reduciéndola a una simple suma de satisfacciones momentáneas. Aristóteles ofrece aquí un recordatorio importante: la calidad ética de la existencia humana no puede evaluarse solo en términos cuantitativos de placer, sino que requiere un juicio sobre la excelencia moral del vivir.

### **Aristóteles y el existencialismo**

La libertad sin esencia del existencialismo, representado por pensadores como Jean-Paul Sartre y Albert Camus, introduce una ruptura profunda con las concepciones tradicionales. Desde esta perspectiva, el ser humano no tiene una naturaleza o esencia preestablecida. La existencia precede a la esencia: primero existimos, luego nos definimos por medio de nuestras elecciones. No hay un fin objetivo hacia el cual tender; cada individuo debe construir su propio sentido de vida en libertad y asumir la angustia que ello conlleva.

Contraste con Aristóteles, frente a esta visión, Aristóteles sostiene que el ser humano tiene una naturaleza específica, basada en su capacidad racional. La finalidad de la vida consiste en realizar plenamente esta racionalidad, lo que implica que sí existe un bien humano objetivo. En cambio, el existencialismo niega cualquier estructura natural o telos, afirmando que toda esencia es una construcción libre y contingente. Mientras Aristóteles ofrece un horizonte normativo claro, el existencialismo sitúa al individuo ante la responsabilidad absoluta de crear su propio camino.

## **La vigencia de Aristóteles en tiempos de crisis existencial**

El existencialismo ha sido fundamental para comprender la angustia, la libertad y la responsabilidad del sujeto moderno. Sin embargo, su rechazo de toda estructura natural puede llevar al nihilismo. En este contexto, Aristóteles ofrece una alternativa significativa: una finalidad humana que no anula la libertad, sino que la orienta hacia una vida plena de sentido. En una época de pérdida de referentes éticos y crisis de proyectos colectivos, su noción de felicidad como realización racional conserva una profunda actualidad.

## **Aristóteles y la ética del cuidado**

Emergencia de una nueva sensibilidad ética, desarrollada por autoras como Carol Gilligan y Joan Tronto, cuestiona la tradición moral centrada en la autonomía, la justicia abstracta y la imparcialidad, características que identifican como propias de una perspectiva masculina dominante. En su lugar, proponen una ética que reconozca la vulnerabilidad humana, la interdependencia y la importancia de la empatía y la atención al otro. La vida humana, señalan, se sostiene gracias a redes de cuidado mutuo, y la ética debe integrar esta dimensión relacional como parte central de su reflexión.

Contraste con Aristóteles, aunque Aristóteles reconoce el valor de la amistad y la vida en comunidad, su ética privilegia la autosuficiencia racional del individuo virtuoso. La excelencia personal ocupa el lugar central. En contraste, la ética del cuidado desplaza el foco hacia la responsabilidad por los otros, entendiendo que la vida buena también incluye la disposición a sostener y nutrir relaciones de dependencia mutua. En lugar de una autonomía cerrada, propone una ética situada, atenta a los vínculos concretos.

### **Actualización necesaria: una eudaimonía más relacional**

La concepción aristotélica de *philia*, entendida como amistad virtuosa, ya contiene en germen una dimensión relacional de la felicidad. Sin embargo, puede y debe ampliarse hoy a la luz de los aportes de la ética del cuidado. En contextos de crisis globales —como el envejecimiento de las poblaciones, las migraciones masivas o el colapso ecológico—, se vuelve imprescindible pensar la felicidad no solo como perfección individual, sino también como sostenimiento de una vida compartida, frágil y vulnerable.

La concepción aristotélica de la felicidad como actividad del alma conforme a la virtud a lo largo de una vida completa permanece, a más de dos milenios de su formulación, como una de las propuestas más robustas, sistemáticas y fecundas dentro del pensamiento ético occidental. Su profundidad filosófica no radica solo en la riqueza de su análisis conceptual, sino en su capacidad de articular de manera coherente la dimensión individual, racional, ética y política de la vida humana. Frente a concepciones que reducen la felicidad a estados afectivos efímeros, a la acumulación de placeres o al mero cumplimiento de deseos desligados de cualquier contexto compartido, Aristóteles nos ofrece una visión exigente, pero profundamente humana: la felicidad como plenitud alcanzada mediante la excelencia, la deliberación práctica, el cultivo del carácter y la participación en la vida común.

Su ética no se limita a prescribir reglas o a perseguir resultados cuantificables; propone una forma de vida que exige la integración armónica entre razón, deseo y acción, en diálogo constante con la comunidad y orientada hacia fines valiosos. La virtud, lejos de ser una disposición rígida o moralista, es en Aristóteles la expresión más alta de nuestra capacidad de autorrealización en un mundo compartido. Así entendida, la felicidad no es un

estado mental subjetivo, sino el resultado de un largo proceso de formación, discernimiento y compromiso con una vida buena, vivida con justicia, prudencia, templanza y coraje.

Sin embargo, en una era marcada por transformaciones sociales, culturales y tecnológicas de ritmo acelerado donde las condiciones estructurales de la vida humana han cambiado radicalmente, el aristotelismo debe ser repensado críticamente para seguir siendo una brújula ética útil y transformadora. No se trata de actualizar su pensamiento a través de anacronismos, sino de abrirlo al diálogo con los desafíos contemporáneos y con otras tradiciones filosóficas que han contribuido a ampliar la sensibilidad ética de nuestro tiempo.

Incorporando una mirada más lúcida sobre las consecuencias colectivas de nuestras acciones y las estructuras políticas, económicas y culturales que condicionan —y a menudo restringen la posibilidad de ejercer la virtud individual. Reconociendo la legitimidad de una pluralidad de proyectos de vida en un mundo moralmente diverso, en el que la noción de una vida buena universal debe ser contrastada con la libertad radical del sujeto contemporáneo.

Asumiendo la vulnerabilidad, la dependencia y la finitud no como obstáculos a la virtud, sino como elementos constitutivos de una ética que haga lugar a la fragilidad humana y a la responsabilidad por el otro, especialmente en contextos de exclusión, enfermedad, injusticia o cuidado.

Leída desde esta perspectiva, la ética de Aristóteles no es un legado momificado ni un monumento intocable del pasado, sino una tradición viva que puede seguir nutriendo el pensamiento crítico, el compromiso ético y la acción transformadora. Su propuesta de vivir conforme a la razón, al bien común y a la excelencia moral sigue siendo una alternativa

poderosa frente al nihilismo contemporáneo, a la instrumentalización tecnocrática del ser humano y a la fragmentación de los vínculos sociales.

Hoy, más que nunca, necesitamos visiones éticas capaces de articular sentido, justicia y humanidad. En ese horizonte, el pensamiento aristotélico puede contribuir no solo a sostener la reflexión filosófica, sino a orientar prácticas de vida más conscientes, más comprometidas y solidarias. Su llamada a vivir bien, con otros, y según virtud, no ha perdido vigencia: es un faro que, releído críticamente, puede seguir iluminando los caminos de una vida verdaderamente digna de ser vivida.

A lo largo de este trabajo se ha expuesto con claridad cómo la concepción aristotélica de la eudaimonía, entendida como una vida plena guiada por la razón y la virtud, sigue siendo una propuesta ética profundamente vigente y fértil para pensar el desarrollo humano en el siglo XXI. Aristóteles no concibe la felicidad como un estado efímero de placer o una mera acumulación de bienes externos, sino como el resultado de una vida realizada conforme a la excelencia moral e intelectual, en armonía con la naturaleza racional del ser humano.

Se ha profundizado en la distinción entre las virtudes éticas —formadas a través del hábito y responsables de la regulación de los deseos y las emociones— y las virtudes dianoéticas —relacionadas con el conocimiento y la deliberación práctica—, mostrando su complementariedad en la construcción de una vida buena. La phronesis o prudencia, en particular, se revela como clave en la toma de decisiones morales, al integrar razón y acción en contextos concretos. Esta estructura virtuosa de la vida humana implica un proceso formativo constante, donde la educación moral desempeña un papel central en la adquisición de hábitos y valores, y en la formación del carácter.

Desde una mirada contemporánea, el pensamiento aristotélico dialoga con múltiples disciplinas. En la psicología positiva, conceptos como el florecimiento, la resiliencia y las relaciones significativas coinciden con la idea aristotélica de que el bienestar genuino se alcanza mediante el desarrollo de capacidades humanas, y no por la mera satisfacción de deseos momentáneos. En el plano político, su noción del bien común invita a pensar una sociedad que genere condiciones para que sus ciudadanos puedan desarrollarse plenamente, vinculando así la realización individual con el bienestar colectivo. También en el ámbito educativo, la propuesta aristotélica ha cobrado renovada relevancia al destacar la importancia de una formación integral que promueva no solo competencias técnicas, sino también virtudes éticas y compromiso ciudadano.

Sin embargo, en una época atravesada por profundas transformaciones sociales, tecnológicas y culturales, es necesario releer críticamente la ética aristotélica. Esto implica abrirla al diálogo con la pluralidad moral contemporánea, reconocer la vulnerabilidad y la interdependencia como aspectos constitutivos de la condición humana, y atender a las estructuras que limitan o condicionan la posibilidad de ejercer la virtud. Lejos de ser un legado cerrado o una doctrina rígida, la propuesta aristotélica sigue ofreciendo una brújula ética para orientar la vida personal y colectiva hacia formas más justas, conscientes y solidarias de habitar el mundo.

En definitiva, la eudaimonía aristotélica continúa siendo un ideal ético exigente pero profundamente humano, capaz de articular razón, virtud y comunidad en una visión coherente del florecimiento personal y social. Su vigencia radica en su capacidad de inspirar una vida verdaderamente digna de ser vivida.

### Referencias bibliográficas

- Abbagnano, N. (2007). Historia de la filosofía. Fondo de Cultura Económica.
- Aristóteles. (2004). *Ética a Nicómaco*. Editorial Gredos.
- Basch, M. (2019). "La felicidad en Aristóteles". Actualidad Filosófica, Universidad Católica de Valencia.
- Bentham, Jeremy. *Introducción a los principios de la moral y la legislación*. Traducido al español. Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- Cortina, A. (1994). *Ética*. Editorial Tecnos.
- Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de filosofía*. Alianza Editorial.
- García Gual, C. (2001). *La búsqueda de la felicidad en la filosofía antigua*. Alianza Editorial.
- García Morente, M. (1930). *Lecciones preliminares de filosofía*. Losada.
- Jaeger, W. (1986). *Aristóteles: fundamentos de su evolución*. Fondo de Cultura Económica.
- Llano, C. (1999). *La vida lograda*. Ediciones Rialp.
- Lledó Íñigo, E. (2002). El concepto de felicidad en Aristóteles. *Revista de Filosofía*, Universidad Complutense de Madrid.
- Marías, J. (1941). *Introducción a la filosofía*. Revista de Occidente.
- Marías, J. (1984). *Historia de la filosofía*. Alianza Editorial.
- Mill, John Stuart. *El utilitarismo*. Traducido al español. Ediciones Cátedra, Madrid, 2014.
- Mondolfo, R. (1962). *El pensamiento antiguo*. Editorial Losada.

- Ortega y Gasset, J. (1998). Estudios sobre el amor. Alianza Editorial.
- Pieper, J. (2001). Las virtudes fundamentales. Ediciones Rialp.
- Polo, L. (1997). Ética: hacia una versión moderna de los temas clásicos. Unión Editorial.
- Reale, G., & Antiseri, D. (1991). Historia del pensamiento filosófico y científico. Herder.
- Ross, W. D. (1998). Aristóteles. Editorial Gredos.
- Sánchez Ortiz, A. (2009). La ética de Aristóteles: una aproximación a la Ética Nicomáquea.  
Universidad de Salamanca.
- Sánchez Vásquez, A. (2000). Ética. Editorial Grijalbo.
- Zagal, H. (2013). Felicidad, placer y virtud: La vida buena en Aristóteles. Editorial Ariel